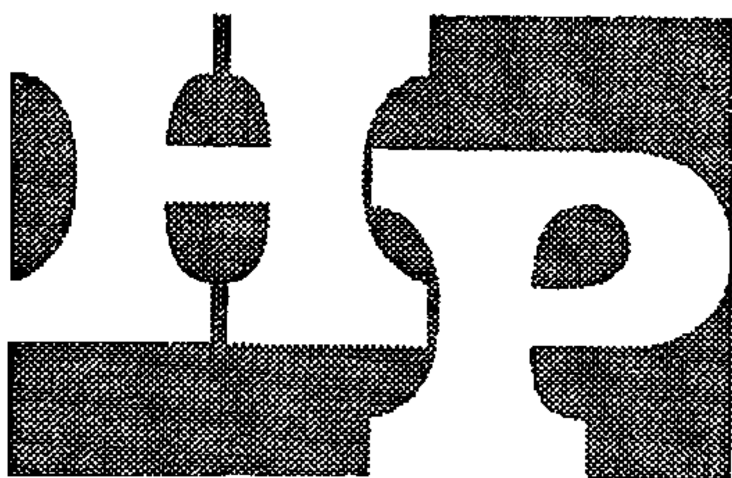


Keith Luger

El hombre de Memphis





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL HOMBRE DE MEMPHIS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 432
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 5736-1978

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: abril, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Un numeroso público, integrado por hombres y mujeres, se arremolinaba en el vestíbulo de la firma Adams y Adams, Consignatarios, precisamente ante la taquilla sobre cuya parte superior campeaba un cartel en el que se leía:

«Pasajes para el Robert E. Lee. Primera, segunda y tercera clase»

—¡Guarden el turno! —gritaba un hombre obeso, al intentar abrirse paso a codazos.

Cerca de él, una mujer con el sombrero ladeado, hacía esfuerzos para no retroceder y gritaba enfurecida.

—¿Y éstos son los caballeros del Sur? ¡Que me emplumen! No he visto peores en Nueva York.

De pronto, la taquilla en que se expendían los billetes se cerró y este hecho enardeció aún más al público chillón.

Una figura emergió por encima de los cristales que separaban la dependencia en que se expendían los billetes de la que llenaba el público. Era un hombre que, en mangas de camisa y chaleco, exhibió por encima de su cabeza un cartel cuyo contenido decía:

«No quedan pasajes de ninguna clase para el Robert E. Lee.»

Apenas la puerta se hubo cerrado tras la última persona que había perdido las esperanzas de viajar en el Robert E. Lee, se abrió

de nuevo para dar paso a un hombre y una mujer.

Él era Barry Moore. Propietario del barco fluvial.

Ella era su hija única, Laura, de veinte años de edad, rostro bello, de ojos azulados, nariz corta de palpitantes aletas, rojos labios y barbilla encantadora.

—¿Lo ves, papá? —exclamó la joven, abriendo los brazos hacia la sala vacía—. ¡Nadie! Estoy segura de que vamos a hacer este viaje casi solos.

Barry Moore paseó la acerada mirada de sus ojos grises por la sala destinada al público, deteniéndola en la taquilla cerrada. Entonces, dijo a su hija:

—Creo que tienes razón, Laura, pero entremos a preguntar cuál es el número de nuestros pasajeros.

Se dirigió hacia la puerta que comunicaba con la oficina y la abrió, dejando pasar a su hija, y haciéndolo él a continuación.

Automáticamente, tres hombres se levantaron tras sus mesas de trabajo y dijeron al unísono, a tres voces, como si se tratase de un ejercicio previamente ensayado:

—Buenos días, señorita Laura. Buenos días, señor Moore.

Laura correspondió al saludo con una sonrisa y una ligera inclinación de cabeza, mientras su padre replicaba:

—Buenos días, muchachos. ¿Cómo ha ido eso?

—¡Fantástico, señor Moore! ¡Colosal! ¡No queda un solo pasaje! Y eso que a última hora la demanda era enorme. ¡Ha sido algo increíble!

Laura escuchaba asombrada y cuando el otro terminó dijo a su padre:

—Oh, no me avergüences demasiado con tus historias, papá.

Barry la miró sonriente, replicando:

—No lo contaré a Nigel si me abonas los cincuenta dólares que has perdido en la apuesta.

—Cuenta con ellos, pero tendrás que esperar a que lleguemos a casa.

El naviero asintió con la cabeza, apretando una mano de su hija y luego preguntó a su informante:

—¿Ha venido el capitán Campbell?

—Sí, señor. Está dentro con el señor Adams.

Padre e hija continuaron por un corredor, penetrando poco

después en un despacho en el que se encontraban dos hombres. Glenn Adams, el fundador de la firma de Consignatarios y Ray Campbell, capitán del *Robert E. Lee*.

Tras cambiar los saludos de rigor, Adams sonrió a Barry Moore mientras decía:

—Puede estar satisfecho, señor Moore. Jamás se ha conocido mayor expectación en el valle del Misisipi por el viaje de un vapor. Y lo que es más interesante para usted, está haciendo un gran negocio.

—He querido demostrar al señor Campbell que estaba equivocado —respondió Barry, mirando al capitán—. El transporte por el río continuará y esos ferrocarriles tendrán que batirse en retirada.

Campbell dijo con jovialidad:

—El hecho de que haya vendido todos los pasajes del *Robert E. Lee* no demuestra nada, señor Moore. Se trata, simplemente, de un éxito de propaganda. La gente acude a su buque por el mismo motivo que habrá acudido al Natchez. No quieren perderse la carrera entre ambos vapores. Son las dos mejores embarcaciones que hacen la ruta de Nueva Orleans a San Luis y la cuestión de cuál es el más apto de los dos, se ha convertido en un problema nacional. ¿Ha leído los periódicos esta mañana, señor Moore?

—Mi hija no me lo ha permitido. Quiso que la acompañase en su paseo matinal.

El capitán Campbell sacó un diario doblado del bolsillo, leyendo en voz alta:

> «De acuerdo con las noticias que nos remiten nuestros corresponsales en el valle del Misisipi se cruzan apuestas que importan un millón de dólares sobre la anunciada carrera entre el *Natchez* y el *Robert E. Lee*».

—Eso prueba que existe un gran interés por la navegación del río —opinó Barry.

Campbell dejó el periódico sobre la mesa, objetando con una sonrisa:

—Me temo que sólo pruebe que el americano siente verdadera obsesión por el juego.

Adams, de cabeza monda y ojos de búho, carraspeó fuertemente, queriendo zanjar la discusión.

—Tuvo usted una gran idea al retar a los propietarios del *Natchez*, señor Moore. Para mí lo importante es el presente, traducido en la liquidación que acabamos de obtener con los pasajes. Entonces, ¿por qué preocupamos por el futuro? Además, capitán Campbell, yo soy de la misma opinión que el señor Moore. El Sur es tradicional. Siempre han mandado al Norte su algodón y su azúcar a través del río. Lo han venido haciendo desde los primeros tiempos. ¿Por qué han de cambiar ahora?

—Caballeros —intervino Laura con un gracioso mohín—. Creo que se están olvidando de lo más importante. Son más de las doce y el barco sale a las cinco. ¿Te das cuenta, papa, de que aún tenemos que recoger a Nigel y llevar mis baúles a nuestro camarote?

—Nos llevará poco tiempo —contestó Barry—. Tu prometido es un hombre puntual. Pero, de todas formas, será mejor que vayamos por él cuanto antes.

En aquel momento se oyó un murmullo de voces en la oficina contigua y, de pronto, la puerta del despacho se abrió, apareciendo un hombre al que intentaba detener uno de los dependientes.

—¡No tiene derecho a entrar aquí! —exclamaba éste.

El desconocido se detuvo, observando los rostros de las personas que tenía ante sí.

—¿Quién de ustedes es el capitán Campbell?

Hubo un silencio que rompió Laura, replicando:

—¿Qué pasaría si le dijese a usted que soy yo?

—No estoy para bromas, señora.

—Señorita —se apresuró a rectificar ella.

—Yo soy el capitán Campbell —declaró Ray—. ¿Y quién es usted y qué desea?

—Me llamo Chris Fowley y quiero ir a San Luis. He estado en su barco y me indicaron que los pasajes se extendían aquí. He hablado con ese tipo ahí fuera y me ha dicho que está todo ocupado.

El dependiente saltó irritado:

—Ya le he dicho que no queda un solo billete.

—Lo siento, señor Fowley, pero así es —corroboro Adams.

—Necesito llegar a San Luis —respondió Chris— y estoy dispuesto a pagar el doble del valor del pasaje por ir en el barco con ustedes.

—Eso no soluciona nada —arguyó Campbell—. El hecho es que está todo vendido. Si hubiese una vacante, usted pagaría por ella su precio normal. Puede usted dirigirse a las oficinas del *Natchez*. Es un buen barco y saldrá al mismo tiempo que nosotros hacia San Luis.

—Ya he estado allí y me han dicho que lo tienen todo vendido.

—Pues lo siento, pero no podemos hacer nada por usted.

De súbito, una voz llegó por la puerta abierta:

—¿Por qué tanta prisa, Fowley?

Todos se volvieron. Por el corredor se acercaba un hombre que esgrimía un revólver en la mano derecha.

—Quédate quieto, Chris —advirtió, deteniéndose junto al umbral de la habitación—. Ya conozco todos tus trucos.

Barry Moore estalló indignado:

—¿Qué significa esto, señores? ¡Nos encontramos en una oficina, no en un vulgar *saloon*!

El del revólver sonrió, apoyándose en el marco de la puerta, mientras decía:

—También puede ser un patíbulo para alguien. Por ejemplo, para Chris Fowley.

Adams sonrió nerviosamente.

—Ahora está todo claro —declaró—. Usted es un representante de la ley y el señor Fowley un forajido. Por eso él tenía tanto interés en marchar esta misma tarde a San Luis.

—¿Lo has oído, Fowley…? Acaban de dar en el clavo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Moore.

—¿Importa eso?

—Creo que sí, teniendo en cuenta que no parece usted de Nueva Orleans y se quiere llevar prisionero a este hombre.

—Está bien, abuelo. Soy Cass Webb. Pero se equivoca respecto a una cosa.

—¿De qué se trata, señor Webb? —inquirió Moore un poco ofendido por la denominación que le había dado aquel hombre.

—No me voy a llevar a Fowley.

—Pues no entiendo por qué, entonces, lo amenaza con ese

revólver.

Cass sonrió de nuevo.

—Hablé antes de un patíbulo, ¿no? Pues es sencillo. Voy a matar aquí a Fowley.

Un silencio sepulcral cayó en la estancia.

—No lo entiendo, señor Webb —rezongó el capitán Campbell—. Usted acaba de decir que es un representante de la ley.

—Yo no lo he dicho —respondió Cass—. Lo dijo el calvo.

—Pero esto en Nueva Orleans es un asesinato —le dijo Moore con voz trémula.

El que amenazaba emitió una risita:

—¿Lo estás oyendo, Fowley? Tienes un montón de abogados. No dirás que no te he dado la oportunidad de un juicio pero yo soy el juez y lo voy a fallar.

Por primera vez desde que se había quedado inmóvil, Chris, la presunta víctima habló arrastrando las palabras:

—¿Por qué no preguntas a la señorita de qué parte está, Cass?

Los ojos de Chris no se apartaban de Webb y cuando vieron que éste dirigía la mirada hacia la muchacha, él bajó la mano a la funda y disparó en una décima de segundo.

El proyectil atravesó la mano armada de Cass obligándolo a soltar el revólver mientras lanzaba un grito de dolor.

Cass se mordió el labio interior en un gesto de rabia y dolor, contemplando al hombre que unos segundos antes estaba en su poder y que ahora era quien mandaba.

—¿Qué vas a hacer, Chris?

—Debería matarte como a un perro rabioso, pero te voy a dar otra oportunidad. Coge el revólver, enfúndalo y lárgate de aquí.

—¿Crees que por esto vas a conseguir algo, Chris?

Fowley negó con la cabeza sin mover un músculo de su rostro y, al cabo de un rato de silencio, repitió:

—Lárgate, Cass.

El aludido quiso sonreír, pero le salió una mueca, dio media vuelta y se alejó por el corredor, ganando enseguida la puerta de la calle.

Laura Moore dio un suspiro, diciendo:

—Aclárenme una cosa, caballeros. ¿Estamos en Nueva Orleans o en Dodge City?

Chris Fowley la miró unos segundos y guardó el arma, murmurando:

—Lo siento, señorita.

Fowley giró sobre sus talones, salió definitivamente del despacho y con su larga zancada desapareció pronto por la puerta de la calle.

CAPÍTULO II

Faltaba media hora para que se iniciase la gran carrera entre el *Robert E. Lee* y el *Natchez*.

Era el gran acontecimiento del año en Nueva Orleans.

El capitán Campbell, teniendo a su lado al primer oficial Joe Kane, observaba a la multitud mientras decía:

—Cuesta en verdad trabajo creer, señor Kane, que dentro de un par de años esto habrá terminado para nosotros.

—Es usted el único capitán del río que admite la victoria del ferrocarril —repuso el primer oficial con voz jovial.

—Quizá sea porque llevo más de treinta años recorriéndolo de parte a parte y conozco todos sus secretos. Empecé transportando mercancías en una barcaza con el solo esfuerzo de mis brazos. Siempre hacía el viaje en sentido descendente. Cuando llegaba a Nueva Orleans vendía la barcaza, regresaba al Norte, compraba otra y vuelta a empezar. Luego llegaron los primeros vapores y el negocio se convirtió en un filón de oro. Eso es lo malo del Misisipi. Sus aguas han creado tantas fortunas que todos han puesto sus confianza en él. Ha sido demasiado peligroso. El río está cansado de tanto bullicio y quiere estar un poco más solo.

—Pero quizá tarde quince o veinte años todavía en llegar ese momento —opinó Kane.

—Ojalá tenga razón.

—Ahí llega el señor Moore con su hija y Nigel Hayes.

Un minuto después, Barry Moore sonreía al capitán.

—Creo que ya conoce al prometido de mi hija. Nigel Hayes.

—Había oído hablar de él. ¿Cómo está usted, señor Hayes?

—Es un honor para mí estrechar su mano, capitán —declaró—. Me han contado muchas cosas curiosas de su vida.

—Crea sólo la mitad —recomendó Ray con una sonrisa.

—Oh, antes de que me olvide —dijo de pronto Barry—. Aquí tiene su invitación, capitán.

Campbell cogió el sobre que Moore le alargaba, inquiriendo:

—¿Qué es esto?

Laura se colgó del brazo de Nigel, manifestando:

—El anuncio de nuestro matrimonio. Mi padre tiene una fe ciega en que usted hará ganar la carrera al *Robert E. Lee* y ha decidido celebrar en San Luis dos acontecimientos al mismo tiempo. Su triunfo y mi boda.

Ray se mantuvo unos segundos pensativo y luego dijo, tras un carraspeo:

—Esperan demasiado de mí. Deben tener en cuenta que el *Natchez* es tan bueno como nuestro barco.

—Eh, miren quién viene a hacernos una visita —indicó Joe Kane —. ¡Es el capitán del *Natchez*!

Randolph Petrie, de talla regular, cara ancha y boca grande, llegó junto al grupo, exclamando:

—¡Vive Dios! Jamás he visto, antes de ahora, nada parecido. ¿Qué dices tú, Ray?

—Que será mucho peor en San Luis.

—Allí serán cien mil personas las que atestigüen tu derrota. ¿Sabes una cosa? Te voy a retirar del río, Ray. Ya estoy cansado de tu leyenda. Eso es lo que voy a hacer. Obligarte a que te metas en una granja a criar patos y gallinas.

—Es una idea que he acariciado con bastante frecuencia —repuso Campbell con una sonrisa—. Y te apuesto a que serían los mejores patos y gallinas de todo el valle del Misisipi.

Todos los reunidos rieron la réplica del capitán del *Robert E. Lee*, excepto Petrie, el cual frunció el ceño contestando:

—No trates de disimular, viejo. Sé que esta carrera lo es todo para ti. El país entero, no solamente la gente del valle, tiene puestos sus cinco sentidos en nosotros. El que venza será un héroe nacional y puedes estar seguro de que ese puesto lo ocuparé yo, aun cuando haya de pagar por él el más alto precio.

En aquel instante un grupo de hombres subió al barco y dirigióse al lugar en donde se encontraban los capitanes de los barcos que iban a competir. Se presentaron como periodistas.

Inmediatamente, el que llevaba la voz cantante preguntó:

—¿Cree que va a ganar usted, capitán Petrie?

—Para mí no existe ninguna duda.

—¿Y usted, capitán Campbell?

—Les contestaré en San Luis, caballeros.

Petrie rió jactanciosamente, mientras Joe Kane advertía, consultando un reloj:

—Faltan quince minutos para las cinco, señores. Me temo, capitán Petrie, que no va a estar usted en su puente en el momento de la salida.

El aludido miró a Campbell y luego dijo a los periodistas:

—Me puedo permitir ese lujo. Daré al *Robert E. Lee* la ventaja de la salida.

—No quiero ninguna ventaja —repuso Ray—. Pero me atendré a las condiciones de la carrera. Yo saldré a la hora en punto. Oficial Kane, ocúpese de que abandonen el barco todas aquellas personas que no sean pasajeros.

—Hasta la vista, Campbell —dijo Petrie. Y girando sobre sus talones se alejó hacia la salida del barco.

Los muelles de Nueva Orleans crujían de entusiasmo.

Laura Moore, entre su padre y su prometido, asomábase a la borda del *Robert E. Lee* y comentaba alegremente:

—Esto es maravilloso, papá. ¡Tenemos que ganar!

—Las palabras del capitán Petrie han hecho decaer mi ánimo —repuso Barry—. Parece estar muy seguro de su triunfo.

—¡Ya zarpamos! —exclamó Nigel.

El público del muelle lanzó un terrible rugido.

De pronto, un hombre se debatió abriéndose paso entre la multitud que había en el muelle y, cuando estuvo en primera fila, corrió velozmente y saltó a la cubierta del *Robert E. Lee*.

—¿Has visto a ese hombre, papá? —preguntó Laura, asombrada—. ¡Es el señor Fowley!

—Sí, también lo he visto. ¡Pero se equivoca si cree que va a hacer el viaje sin billete! Ordenaré al capitán que lo deje en cualquier islote inmediatamente.

—¿Ese Fowley es el caballero de quien me habéis hablado? —inquirió Nigel.

—Si —comentó Laura—, pero creo que no se trata de ningún

caballero.

—Esperadme aquí, hijos —dijo Barry. Y fue en busca del capitán, a quien encontró poco más tarde en el puente de mando.

—Tenemos un polizón, capitán Campbell —anunció con acritud.

—¿Un polizón? —Ray arrugó la frente—. Kane me dijo antes de zarpar que todo estaba en orden.

—Se trata de Chris Fowley. Ha saltado al *Robert E. Lee* cuando desatracaba. Ahora mismo se encuentra en la cubierta. Quiero que le haga abandonar el buque inmediatamente.

—De acuerdo, señor Moore. Vamos allá. ¡Kane!

El primer oficial se acercó a los dos hombres.

—A sus órdenes, mi capitán. ¿Qué desea?

—Venga con nosotros. Tiene trabajo. A última hora se ha metido un polizón en el buque.

Los tres, actuando como guía Moore, se dirigieron al lugar en que éste había visto últimamente a Fowley. Lo encontraron acodado en la borda, observando a la gente del muelle.

—Señor Fowley… —empezó a decir Moore.

Chris volvió la cabeza y, al reconocer al propietario del buque y al capitán, declaró:

—Celebro volverles a ver, señores.

—No puedo decir lo mismo —repuso Barry—. Ya le advertí que su compañía no me era grata. Tendrá que abandonar el barco.

—Siento que mi presencia no le agrade, pero lo de marcharme de esta cáscara va a resultar un poco difícil. Mi destino es San Luis.

Chris sacó una cartera de la chaqueta de cuero, la abrió y extrajo un papel amarillo que alargó al capitán, murmurando:

—Aquí creo lo dice bien claro:

> «Nueva Orleans-San Luis, *Robert E. Lee*. 30 de junio de 1870. Pasaje de segunda clase. Camarote cincuenta y dos».

Fue Barry quien tendió la mano, apoderándose bruscamente del papel amarillo. Después de echarle una ojeada, detuvo sus ojos en el rostro de Fowley.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—No es asunto de su incumbencia, señor Moore. Y ahora, si me lo permiten, voy a descansar un rato.

En su camino hacia la puerta que conducía a los camarotes, sus oíos se encontraron con los de Laura y, mientras se tocaba el ala del sombrero a guisa de saludo, dijo, con una leve sonrisa:

—Le deseo un buen viaje, señorita Moore.

Capítulo III

Hacía dos horas que el barco había salido de Nueva Orleans, cuando Chris Fowley abandonó su camarote dirigiéndose al salón de juego. Al entrar en él se dijo que debía de ser una de las últimas personas a las que se les había ocurrido dejarse caer por allí. Todas las mesas estaban ocupadas por un público ansioso de emocionarse a cualquier precio. Encaminóse al bar, donde se agrupaba una docena de parroquianos, y tras un rato de espera, consiguió le sirviesen un vaso de *whisky*. Cuando apuraba el último trago, vio pasar cerca a un camarero y lo detuvo, preguntándole:

—¿Me puede proporcionar una silla en una mesa de póquer?

El mozo le escrutó atentamente el rostro y respondió después:

—Creo que tengo lo que necesita. Sígame usted.

Chris pagó la consumición en el bar y se fue tras del camarero, quien después de sortear varias mesas, se detuvo ante una a cuyo alrededor se sentaban cinco hombres.

—Señor Buchanan —murmuró, dirigiéndose a un rubio de mediana edad, cara enjuta y nariz aquilina—, este caballero que me acompaña me ha preguntado si alguien le daría una oportunidad.

Buchanan rió, contestando:

—Lo siento. Me parece que se le ha ocurrido a usted demasiado tarde decidirse.

Un individuo de pelo crespo y ojos de gato carraspeó y dijo:

—Yo estoy dispuesto a ceder mi puesto a este señor que ha llegado.

—¿Se va, Smith…? —le preguntó Buchanan—. Así no se podrá recuperar.

El llamado Smith se puso en pie recogiendo el dinero que tenía delante, mientras replicaba:

—Cuando uno está en la mala racha, es bueno saber retirarse a tiempo.

Chris se sentó en el lugar que se le había cedido, declarando después:

—Mi nombre es Fowley, Chris Fowley.

—Ya conoce el mío —dijo Buchanan—. Le presentaré a los demás compañeros. Jones, Ready y O'Keefe.

Jones parecía un ave de rapiña, Ready un tipo de cuidado, con sus ojos hundidos, sus pómulos salientes y una sonrisa nada agradable, y O'Keefe, obeso, de mentón partido, una buena persona.

Buchanan preguntó, mientras barajaba:

—¿Qué resto saca, señor Fowley?

—Eso ustedes lo decidirán.

Buchanan se dirigió entonces a O'Keefe:

—¿Cuánto ha sacado usted, señor O'Keefe?

—Unos quinientos dólares.

—De acuerdo —convino Chris e inmediatamente sacó la cartera de la que extrajo un fajo de billetes, que puso ante sí diciendo—: Aquí están mis quinientos.

Buchanan dio cartas, teniendo sucesivamente a su derecha a Ready, Fowley, Jones y O'Keefe.

Jugaban a *pot* continuo y cada uno depositó dos dólares.

Ready pintó sus naipes y abrió a diez dólares. Fowley se vio con dos reyes y siguió. Jones no quiso intervenir en el juego y O'Keefe, tras humedecerse los labios con la lengua y mirar repetidamente sus cartas, indicó:

—Ha de ser a cincuenta.

Buchanan sonrió replicando:

—Voy a ir a esos cincuenta en vista de que las tengo tan buenas.

Ready vaciló unos instantes, pero por fin agregó cuarenta dólares a su primitiva postura, y Fowley depositó los suyos con

resolución.
Inmediatamente pidieron cartas. Ready solicitó una, Chris tres, O'Keefe
se quedó servido y Buchanan pidió una.
O'Keefe,
que había subido la postura, contó un montón de billetes y lo dejó en el centro, diciendo.
—Me juego cien dólares más.
Buchanan era quien tenía que hablar ahora y cuando lo hizo empujó su resto, condicionando:
—Ha de ser hasta mi último centavo.
Ready se apresuró a tirar sus cartas y Fowley se quedó pensativo unos segundos. Había ligado otro rey haciendo un trío. Era una buena jugada, pero no le había gustado la forma en que Buchanan se había servido su naipe. Sólo se descartó cuando
O'Keefe
se quedó servido, y la baraja estaba un poco usada. Por ello decidió no correr el albur y ser un observador de aquella jugada dando por perdidos, pues, los cincuenta dólares.
O'Keefe
miró a Buchanan, recelosamente, y al cabo de un rato de duda terminó por exponer:
—Apuesto a que esta vez es un farol. Dígame lo que tiene, señor Buchanan.
—Le he hecho un *full* de dieces —contestó el aludido, mostrando sus cinco naipes.
O'Keefe
enrojeció aún más, en tanto murmuraba:
—El mío era de sietes.
—No ha tenido suerte —sentenció Buchanan. Y atrajo hacia su sitio todo el dinero que había ganado.
O'Keefe
sacó temblorosamente otros quinientos dólares.
De las cuatro manos siguientes, Fowley ganó dos.
Le llegó el turno de dar a Buchanan. Ahora Ready pasó y Chris se vio un trío de reinas y abrió a los diez dólares. Jones tampoco fue, pero
O'Keefe

lo hizo, impulsado seguramente por el deseo de recuperarse. Entonces Buchanan, tras pintar cuidadosamente sus cinco cartas, advirtió:

—Ha de ser a cien dólares, señores.

Fowley, sin mover un músculo del rostro, empujo noventa dólares más hacia el centro. La frente de O'Keefe transpiraba sudor e invirtió casi un minuto en decidir manteniéndose dentro de la jugada.

—¿Cartas, señores? —preguntó Buchanan.

Fowley apoyó sus tres reinas en un rey y pidió una. O'Keefe solicitó tres.

Chris observaba fijamente a Buchanan y cuando éste se descartó de un naipe para servirse otro, le dijo rápidamente:

—Un momento, señor Buchanan.

El aludido depositó su mirada en él, inquiriendo:

—¿Ocurre algo?

—Sírvase usted por debajo —murmuró Chris con voz grave.

—¿Cómo dice…? —preguntó el otro, frunciendo el ceño.

—Lo ha oído perfectamente.

—¡Pero estoy dando por arriba! ¡Usted no tiene derecho a…!

—¿Por qué se pone así? —interrogó Chris en tono irónico—. ¿No da lo mismo que se sirva usted el naipe por un lado que por otro?

Hubo un silencio entre los jugadores. Ready, Jones y el mismo O'Keefe miraban sorprendidos a Fowley.

Buchanan se mantuvo durante mucho tiempo pensativamente, pero al final asintió:

—Como quiera, Fowley. Me serviré por debajo.

Así lo hizo y pareció que el ambiente se descargaba un poco. Después de consultar su carta, dijo:

—Voy a jugar ciento cincuenta dólares más.

Fowley había pintado un siete, quedándose por tanto con el trío primitivo. Echó una ojeada a su dinero y lo tiró al centro, exigiendo:

—Han de ser cuatrocientos quince dólares, que es lo que tengo.

O'Keefe
dejó caer sus naipes como si quemasen y Buchanan sonrió a Fowley, mientras decía:

—Creo que se ha excedido, señor Fowley. Mis dobles son más altas que las suyas.

—¿Pretende decir que quiere ver mi juego? —preguntó el joven.

—Naturalmente.

—Pues lo siento por usted, Buchanan, porque no son dobles parejas lo que tengo, sino un trío de reyes.

Buchanan se puso lívido contemplando los naipes que su rival había dejado sobre la mesa.

—¡Enmascaró al trío! —exclamó Ready.

—Perfectamente lícito —contestó Chris—. ¿Tiene algo que objetar, señor Buchanan?

—Usted no me dejó pedir carta por el mismo sitio que había servido a usted.

—Naturalmente que no. Porque usted hubiese ligado.

—¿Quiere decir que hago trampa?

—Ha dado en el clavo.

Buchanan hizo un rápido movimiento con el brazo, pero Chris fue aún más veloz y desenfundó, conminando:

—No saque su «Derringer», o no volverá a levantarse de esa silla.

Buchanan se quedó inmóvil como una estatua y entonces Chris le ordenó:

—¡Enseñe su juego!

Su antagonista fue levantando uno a uno los naipes de la mesa.

Tenía dos ases, dos nueves y un seis.

—Doble de ases —murmuró Chris—. Y ahora, señor
O'Keefe,
¿quiere hacer el favor de levantar el primer naipe del mazo que era el que le correspondía a Buchanan, de no haberle hecho yo la sugerencia en contra?

O'Keefe
movió su mano con visible emoción, cogió el naipe a que se refería y le dio la vuelta, mostrándolo. Era el as de corazones.

—¡Santo cielo! ¡Es cierto! —
O'Keefe

levantó la mirada, posándola en el rostro de Fowley—. ¿Cómo lo sabía usted?

—Es muy sencillo. Estamos jugando con naipes marcados. Ha caído usted en manos de unos tahúres, señor O'Keefe.

Ready saltó de la silla poniéndose en pie, al tiempo que exclamaba, indignado:

—¡No es cierto nada de lo que usted dice!

Chris sonrió levemente, replicando:

—No sea usted tan nervioso, señor Ready. Le conviene sentarse y ser un buen chico.

Ready permaneció todavía unos segundos en pie, pero luego, tras observar el movimiento del revólver que esgrimía Chris, decidió acatar la orden. Entonces, Fowley prosiguió:

—Así todo está mejor. ¿Cuánto ha perdido usted, señor O'Keefe?

El aludido echo una ojeada al dinero que tenía delante y más tarde repuso:

—Unos ochocientos dólares.

El joven cogió los billetes que constituían sus ganancias y los arrastró sobre la mesa hacia O'Keefe, indicando:

—Ahí tiene cerca de los setecientos. Cualquiera de estos caballeros le dará inmediatamente lo que le falta.

Ready fue a abrir la boca con la evidente intención de protestar, pero la mirada que le dirigió Fowley fue suficiente para que cerrase los labios sin pronunciar palabra alguna y entregase cien dólares a O'Keefe.

—Bien —dijo Chris—. Es preferible para la salud de todos que demos por terminada la partida. ¿Tienen ustedes algún inconveniente?

Buchanan apretó los dientes con rabia, contestando:

—Ninguno por ahora, señor Fowley.

—Quiero hablar con usted, Fowley —manifestó O'Keefe—. Le invito a una copa en el bar.

Una vez llegaron al mostrador,

O'Keefe
pidió dos vasos de *whisky* y, mientras lo servían, dijo al joven, sacando un gran fajo de billetes:

—No es justo que pierda lo que ha ganado, señor Fowley. Al fin y al cabo, usted se hizo con ello decentemente.

—No se lo puedo admitir. Se lo habían limpiado a usted antes con malas artes. Debe tener cuidado con las mesas que elige para jugar.

—Creí que La Dama del Río no admitía tahúres en su salón.

—La Dama del Río… —inquirió Chris—. ¿Quién es?

—Debe venir usted de muy lejos cuando no conoce a Grace Ekberg. Es la mujer que explota el salón de juego en el *Robert E. Lee*.

—Pensé que este negocio también era cuenta del propietario del barco, señor Moore.

—No; el señor Moore arrendó el negocio del juego a La Dama del Río. Se dice que Grace paga a Moore más de cincuenta mil por el arrendamiento.

Cogieron los *whiskys* que habían puesto ante ellos, sobre el mostrador y, después de beber un trago,
O'Keefe
dijo:

—Si no es preguntar demasiado, señor Fowley, ¿cuál es la meta de su viaje?

—Voy a San Luis.

—¡Estupendo! Es el mismo sitio adonde yo voy. Tengo un almacén de lencería en Nueva Orleans y me dirijo a San Luis para elegir el muestrario de la próxima temporada. ¿Y usted, señor Fowley?

—He de resolver un negocio de poca importancia.

Chris vio a Laura Moore penetrar en la sala, asida del brazo de un hombre joven a quien él no conocía.

—Es bonita la hija de Moore —comentó
O'Keefe
—. Uno de los mejores partidos de Nueva Orleans.

—Y, al parecer, ya está tomada la plaza —repuso Fowley.

—El es Nigel Hayes, último vástago, por ahora, de una noble familia venida a menos. Se casará con Laura en cuanto lleguemos a

San Luis. Es una idea de Moore. Quiere celebrar la victoria del *Robert E. Lee* y la boda de su hija al propio tiempo.

Laura y Nigel se acercaron al mostrador del bar.

—Ahora le invito yo a otra copa, O'Keefe —dijo.

—No puedo permitirle que pague nada. Esta noche es usted mi invitado. ¡Otros dos *whiskys*, mozo!

De pronto, un fuerte murmullo fue creciendo en la sala.

—Mírala —indicó O'Keefe, apretando el brazo de su compañero.

—¿Qué pasa?

—Es ella… La Dama del Rió.

Chris dirigió la mirada una vez más hacia la entrada del salón, contemplando a una mujer de radiante hermosura. Frisaba en los veinticinco o veintiséis años y era esbelta, de cabellos rubios, verdes ojos muy claros, labios rojos y formas muy pronunciadas que realzaba el entallado de su vestido verde de generoso escote.

—¿Qué le parece, Fowley? —preguntó O'Keefe.

—¿Está casada? —inquirió él, a su vez.

—En absoluto. Grace es todo un carácter.

Chris cogió su vaso y, tras beber un trago, volvió a dejarlo sobre la barra y sacó su bolsa de tabaco. O'Keefe dijo que no fumaba y él lió un cigarrillo. Acababa de encenderlo cuando una voz inquirió a sus espaldas:

—¿El señor Fowley?

Chris se volvió, deteniendo sus ojos en quien preguntaba por él.

Eran las pupilas verdes de La Dama del Río.

CAPÍTULO IV

—Sí, yo soy Chris Fowley —asintió él—. ¿Quiere algo de mí?

—Sólo deseo cambiar unas palabras con usted —repuso Grace Ekberg—, pero no es éste el lugar más adecuado. ¿Puede acompañarme a mi despacho?

—De acuerdo.

La hermosa mujer dio media vuelta y echó a andar despacio.

Chris fue a seguirla, pero O'Keefe le retuvo por un brazo, advirtiéndole:

—No se le acerque demasiado, Fowley. Se podría quemar. ¿Sabe usted para qué quiere verlo?

—Tengo una ligera idea. Hasta luego, O'Keefe.

Grace le había sacado una buena delantera, pero él, con su larga zancada, pronto estuvo a su lado.

Un empleado abrió una puerta haciendo una ligera reverencia a La Dama del Río, y ésta y Chris penetraron en una habitación lujosamente amueblada.

Ella se detuvo en el centro de la estancia y volvióse hacia su compañero, manifestando:

—Señor Fowley, en los años que llevo explotando mi negocio en el Misisipi, jamás he admitido interferencias de nadie.

—Es poco más o menos lo que hago yo en mis asuntos —respondió Chris.

—Celebro, entonces, que esta cuestión quede aclarada desde un principio. —Grace se dirigió hacia una mesa y se sentó tras ella, volviendo a mirar al hombre que tenía enfrente—. Desearía que no interpretase mis palabras como una debilidad. Ahora le voy a dar

doscientos dólares y usted desembarcará en Baton Rouge.

Chris sonrió, replicando:

—Es la segunda vez, en pocas horas, que alguien pretende que no llegue al lugar donde me dirijo. Le contestaré lo mismo que a su antecesor, señorita Ekberg. Voy a San Luis y no desembarcaré en ningún otro sitio más que allí.

El bello rostro femenino enrojeció visiblemente.

—Pensé que estábamos de acuerdo, señor Fowley, pero ahora veo que usted es un tipo duro de convencer sobre lo que le conviene. Estoy en la obligación de recordarle que dispongo de otros medios para alejar de mi lado a los que me estorban.

—Y yo voy a advertirle otra cosa, señorita Ekberg. Soy hombre al que hacen poco efecto las amenazas.

Grace se levantó, pegando un puñetazo en la mesa.

—¡Es usted un presuntuoso, señor Fowley!

—Admitiendo su calificativo, creo que el que le corresponde a usted es bastante más fuerte.

—¡Cómo se atreve…!

—Recurrir al juego sucio, a los naipes marcados, a tahúres, para limpiar la bolsa de los ingenuos pasajeros, no me parecen cosas de las que pueda usted sentirse orgullosa, Dama del Río.

—¡Le haré tragar sus palabras, Fowley! ¡Cómo se atreve a hacerme esas acusaciones! En el salón del *Robert E. Lee* se juega limpio.

—No se esfuerce en convencerme. Por fortuna, no hablo de oídas. Me he sentado a una mesa donde unos cuantos profesionales estaban engañando miserablemente al hombre que se hallaba conmigo en el bar. Había un tal Buchanan, otro tipo que se llama Ready y un tal Jones. Los tres se traían un bonito plan jugando con naipes marcados. Descubrí el pastel y tiré de la manta.

—¡No es eso lo ocurrido! Usted es quien estaba haciendo trampas y cuando le fue mal tiró de la pistola obligando a Ready a que le diese cien dólares más.

—Se lo han contado así, ¿eh? Y usted debió de creerlo a pies juntillas porque se trata de tres de sus propios hombres. Pensé que conocía a sus empleados, señorita Ekberg, pero o no es así, o usted me está engañando.

—¡No le admito una impertinencia más! —La hembra dio la

vuelta a la mesa y se encaminó resueltamente a la puerta, pero al pasar junto a Chris éste la agarró de la muñeca y la hizo girar bruscamente hacia él, sin soltarla.

—Escúcheme esto, Dama del Rió —exclamó con su cara casi pegada a la de ella—. Esos tres fulanos de que le he hablado no valen el plomo con que pueda matarlos, pero le haré un regalo a cada uno si se atreven a sostener esa historia. Le estoy contando la verdad. Puede que usted me haya hablado de buena fe y no sepa que tiene tres serpientes de cascabel en su propia casa…

—¿Ha terminado ya, señor Fowley?

—¡Sí!

—¡Pues suélteme!

Chris la dejó libre, pero ella no se movió y entonces él echó a andar, abrió la puerta del despacho y salió fuera.

O'Keefe
lo recibió con una sonrisa:

—A juzgar por su cara, parece que esa entrevista no ha ido demasiado bien.

—Todo lo contrario —respondió Fowley—. La Dama del Río y yo creo que estamos de acuerdo en muchas cosas. —Tendió la mano a
O'Keefe
con el que cambió un apretón—. Celebro haberle conocido. Ya nos veremos.

—Hasta luego, señor Fowley.

El joven abandonó el salón de juego, dirigiéndose hacia el restaurante.

Cuando pasaba por el puente, una voz se alzó de entre las personas que se encontraban junto a la barandilla:

—¿Qué tal, muchacho?

Se detuvo y volvióse rápidamente. Al ver al hombre que le había interpelado, inquirió:

—¿Qué hace aquí, Stevens?

Un hombre de unos cuarenta años de edad, robusto y rostro manchado de pecas, distendió los labios, contestando:

—Siempre he deseado hacer este viaje y al fin he logrado ver realizado mi sueño.

—No ha debido seguirme, Douglas. En este asunto con una

persona hay bastante. Dos son demasiadas.

Stevens sonrió irónicamente y, tras rascarse la cabeza, declaró:

—Es la misma idea que yo he tenido. Uno puede arreglar mejor las cosas. Lo único que falta decidir es quién ha de ser.

—¿Y piensa que va a ser usted, Stevens?

—Ésa es mi corazonada.

Chris se echó a reír, diciendo al cabo de un rato:

—Nunca he visto tantos lobos detrás de una misma presa. Pero será mejor que se meta esto en la cabeza, Stevens. No consentiré que usted ni nadie obstaculice mi camino.

—Siempre he pensado que fue demasiado impulsivo, Fowley. Eso a veces es bueno, pero otras conduce a la ruina.

—Está por ver —repuso Chris—. Le deseo buen viaje.

Fowley fue a proseguir su camino, pero Stevens indicó rápidamente:

—Olvida algo importante, Chris.

—¿De qué se trata?

—Mi jefe me dio un mensaje para usted antes de que saliésemos de Nueva Orleans.

—Llega tarde. Me lo dio ya un tal Cass.

—Se equivoca. Éste es otro.

—Debe de ser, entonces, interesante. Suéltelo.

—Templeton ha dicho que le de tiempo para pensarlo hasta Memphis.

—Su jefe es muy generoso, pero se podía haber ahorrado el dinero que le cuesta su pasaje.

—Usted es ahora el que olvida algo, Fowley. Memphis pertenece al estado de Tennessee. —Stevens emitió una risita de sarcasmo.

—Todavía tengo una idea de la geografía, Douglas. Sé perfectamente que este barco pasará por la frontera de Tennessee. Sáqueme entonces del *Robert E. Lee,* si puede.

Chris se separó entonces de su interlocutor.

Poco después entraba en el restaurante y ocupaba una de las mesas libres. Pidió un plato de sopa y un bistec de ternera con patatas. Después tomó café y encendió un cigarro de a dólar.

Estaba abonando la cuenta cuando Barry Moore se detuvo ante su mesa, preguntándole:

—¿Puedo sentarme, señor Fowley?

—Hay tres sillas libres. Puede elegir la que quiera.

Moore sonrió, mientras se sentaba.

—No parece que le sea muy simpático a usted, ¿verdad, muchacho?

—Se equivoca a ese respecto. Para mí no es más que un hombre cualquiera.

Barry hizo una pausa mirando atentamente el rostro de su interlocutor.

—Hacía tiempo que no encontraba un hombre que expresase sus pensamientos tan sinceramente como lo hace usted, Fowley. ¿Y sabe una cosa? No sé hasta qué punto puede tener éxito en la vida con esa forma de ser. Mi experiencia me ha aconsejado muchas veces ser… ¿Cómo diría yo? Digamos, menos sincero.

—¿Es sólo para decirme eso para lo que ha querido sentarse, señor Moore?

—No; solamente trataba de hacer un preámbulo.

—Pues entre en materia. Tengo por costumbre acostarme muy temprano.

Barry se acodó en la mesa, adelantando el torso como si fuese a hacer una confidencia y, bajando la voz, dijo:

—Creo que es usted el hombre que necesito.

—¿Para qué?

—Se trata de un trabajo sencillo que le reportará a usted la bonita suma de dos mil dólares.

—¿Dos mil dólares? —repitió Chris y tras un silencio añadió—: No niego que es un buen pellizco. ¿Qué quiere a cambio de su dinero?

—Usted está enterado de la carrera que mi barco y el *Natchez* han emprendido. El triunfo del *Robert E. Lee* es lo que yo más deseo en el mundo en estos momentos.

—Creo que no debe preocuparse por eso. No entiendo mucho de barcos, pero estoy seguro de que el suyo es bueno y mejor aún el capitán Campbell. Si tuviese que apostar, lo haría por el *Robert E. Lee*.

—Celebro oírle hablar así —sonrió Moore—. Precisamente, de lo que se trata es de asegurar nuestra victoria.

—No lo entiendo.

—Lo comprenderá enseguida. Mañana pasaremos por Vicksburg.

Está claro que mi barco cruzará por esa ciudad manteniendo la ventaja actual sobre el *Natchez*, pero allí se podría decidir de una vez la carrera. Dos millas antes de aquella ciudad existe un muelle de barcazas que se dedican a transportar troncos. Si después de pasar el *Robert E. Lee*, un convoy de barcazas se cruzase en el río, dificultaría de tal forma la marcha del *Natchez* que le obligaría a detener sus máquinas para maniobrar acercándose a la costa. Ello supondría una pérdida para el *Natchez* de quince minutos que, unidos a los diez que le llevamos, equivaldría a un total de casi media hora. Media hora que el *Natchez* no podría recuperar jamás. —Los ojos de Moore brillaban febrilmente—. ¿Se da cuenta, señor Fowley? Quiero que desembarque usted mañana al amanecer en una chalupa y prepare el obstáculo que se ha de interponer entre el *Natchez* y nosotros. Le daré tres mil dólares. Mil que ha de invertir en lograr la colaboración de los de las barcazas y el resto para usted.

Chris había escuchado la proposición de Moore sin alterar un solo músculo de su rostro. Se hizo un silencio entre los dos hombres que fue roto por la voz de Laura al decir:

—Hola, papá. Creo que te has equivocado de mesa.

Barry y Chris se levantaron.

—Hola, ¿qué tal, muchachos? —dijo Barry—. Usted no conoce al prometido de mi hija, señor Fowley. Le presento a Nigel Hayes. El señor es Chris Fowley.

Chris y Hayes cambiaron un apretón de manos, mientras Barry explicaba:

—El señor Fowley y yo estábamos hablando de negocios.

—¿Tú y el señor Fowley? —preguntó Laura—. ¿Acaso necesitas deshacerte de alguien?

Chris fijó su mirada en el rostro altanero de la muchacha y replicó irónicamente:

—¿Como lo ha adivinado, señorita Moore? Precisamente se trata de eso.

—¿No cree que lleva su broma demasiado lejos? —inquirió Laura con voz fría.

—En absoluto —respondió Chris—. Es algo completamente cierto.

Barry carraspeó, diciendo:

—Ya hablaremos de eso más tarde, Fowley. Pasaré por su camarote.

—Ahórrese la visita, señor Moore —advirtió Chris con resolución—. No acepto su encargo.

El propietario del *Robert E. Lee* enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—¿Está seguro de lo que dice, Fowley?

—Es una decisión irrevocable. Pero para que esté tranquilo le diré que esta noche usted no ha hablado conmigo… a condición de que abandone esa idea de las barcazas.

Barry dio un resoplido y cogió a su hija del brazo, apremiando:

—Vámonos de aquí, Laura.

Nigel hizo una ligera inclinación de cabeza y marchó en pos de su prometida y de su futuro suegro.

Chris, abandonando la mesa, se encaminó hacia la puerta, y al ir a salir casi tropezó con Grace Ekberg, la cual era acompañada por un hombre de rostro agradable y cabello castaño.

—¿Ha cenado ya, señor Fowley?

—He terminado hace unos minutos.

—¡Qué lástima! Quería invitarlo a que lo hiciese conmigo.

—¿De veras? Ha cambiado usted mucho desde hace cuarenta y cinco minutos, señorita Ekberg.

—Precisamente mi conversación se iba a referir a ese punto, pero ya que usted no puede acompañarme se lo diré en pocas palabras. —Grace hizo una pausa mientras se humedecía los labios con la lengua y después prosiguió—: Tenía razón respecto a los hombres que jugaron esa partida con usted. Han sido sometidos a un interrogatorio y, finalmente, han declarado la verdad. Los contraté en Nueva Orleans creyendo que eran jugadores honrados, pero no son más que vulgares tahúres. Siempre he procurado que en mi barco se jugase limpio, señor Fowley. Por ello me ha hecho usted un gran favor al desenmascarar a esos granujas.

—En tal caso, debo retirar las palabras que hayan podido ofenderla.

Los dos jóvenes se miraron durante unos segundos y, por fin, Chris se despidió.

—Buenas noches, señorita Ekberg.

Ella respondió en un murmullo y el joven salió al puente.

Cuando se hallaba ya un rato recorriéndolo le pareció oír un llanto infantil a sus espaldas. Volvióse y descubrió a un niño de unos cinco años junto a unos sacos, que lloraba restregándose un ojo con el puño.

—¿Qué te pasa, pequeño?

El niño interrumpió su lloro un instante, apartó la mano de su cara, observó el rostro de quien le hablaba y de pronto reanudó el llanto con redobladas energías.

—¿Qué es eso, muchacho? Yo soy tu amigo. No debes llorar… ¿Dónde está tu madre? ¿Y papá?

Pero el chiquillo, sin contestar a ninguna de las preguntas, empezó a hipar muy pesaroso. De súbito una voz airada gritó, al lado de Fowley:

—¡Eh! ¿Qué está haciendo con el niño?

Chris giró la cabeza contemplando a una joven de unos veintiún años de edad, cabellos negros, ojos como la pez, nariz un poco respingona y barbilla voluntariosa.

El chiquillo levantó otra vez la cara y al ver a la muchacha corrió, cogiéndose a su falda mientras decía:

—¡Me ha pegado!

—Conque sí, ¿eh? —dijo la joven, poniéndose en jarras con aire desafiante.

Chris se enderezó, negando con la cabeza.

—No irá usted a creer eso, ¿verdad, señorita?

—¿Quién dice que no, zanquilargo? —respondió ella con voz cada vez más airada—. Basta con echarle una ojeada para saber la clase de tipo que es.

—Debe calmarse. No se ponga nerviosa.

—¿Nerviosa yo?

—Tiene que creerme. Lo oí llorar y me acerqué a él.

—Bobby ha dicho que usted le pegó y Bobby no miente.

—Debe de estar confundido. Le habrá pegado otra persona.

—Sí, ¿eh? Eso lo vamos a ver ahora mismo. ¡Eh, Bobby! —exclamó, separando al pequeño de sí—. ¿Quién ha sido?

El niño miró a Chris durante unos instantes y éste le sonrió buscando su alianza, pero entonces Bobby levantó el brazo y le señaló con el dedo.

—¿Qué dice ahora? —rezongó la joven.

Chris estaba tan confuso que no acertó a replicar.

Capítulo V

El *Robert E. Lee* se acercaba a Vicksburg. Era media mañana. Las orillas estaban cubiertas materialmente de gente que gritaba hasta enronquecer vitoreando al presunto vencedor de la apasionante carrera.

Fowley bajó al primer puente y fue buscando un sitio en donde al menos hubiese poca gente, cuando, de pronto, sus piernas se enredaron en algo y cayó al suelo.

Dos carcajadas rasgaron el aire. Chris cogió el sombrero que le había resbalado de la cabeza y se volvió, observando que quienes reían eran la joven y el niño que había conocido la noche anterior.

Incorporóse, sacudiendo el polvo de los pantalones y dirigióse a la joven rezongando:

—Supongo que ahora se dará por satisfecha. Es su revancha, ¿no?

—No diga tonterías. Bobby y yo estábamos jugando con esa cuerda. Usted ha pasado sin fijarse y ha tropezado con ella casualmente.

—No estoy yo muy seguro de eso. Pudo avisarme.

—¿Es que no tiene ojos en la cara?

—Creo que pertenece a esa clase de mujeres que siempre quieren tener razón. Será mejor que me marche. Buenos días, señorita —dijo, separándose de la joven.

El barco empezó a cruzar Vicksburg. El recibimiento de que fue objeto fue apoteósico.

—Oiga, caballero.

Chris se volvió, sintiendo un escalofrío en la espina dorsal al reconocer de nuevo la voz de la pasajera de tercera clase.

—¿Qué quiere ahora, señorita? —inquirió con voz no exenta de

preocupación.

La muchacha tosió y bajó un par de veces la mirada al suelo, como si le costase trabajo dar una respuesta.

—Bobby me lo acaba de contar.

—¿Qué es lo que le acaba de contar? ¿Acaso que he intentado tirarlo por la borda?

—Me ha dicho que usted no le pegó anoche.

Él se quedó un poco sorprendido en un principio, pero al fin cruzóse de brazos, murmurando:

—Esa noticia es compensadora. Empezaba a imaginar que no iba a tener en este viaje más que contratiempos.

—El niño quiere pedirle perdón.

—¿Dónde está? No lo veo.

—Anda, Bobby, preséntale tus excusas al señor.

La cabeza de Bobby apareció tras la falda de la muchacha. Levantó sus inocentes ojos hacia Fowley y susurró:

—Perdón.

Inmediatamente, sintiéndose avergonzado, echó a correr.

—Bueno —dijo ella—, sé dónde encontrarlo. Su sitio favorito está en la popa, junto a los negros.

Chris la miró a los ojos y no dijo nada. Se hizo entre ambos un silencio embarazoso.

—¿Y su marido? —preguntó él, al cabo de un buen rato.

—¿Mi qué?

—Ya sabe. El padre del niño.

La joven sonrió débilmente y repuso:

—Oh, no. Bobby no es mi hijo, ni yo soy casada, naturalmente.

—Al verla a usted sola he pensado…

—Lo comprendo. Me llamo Elizabeth Brown y llevo a Bobby a San Luis para entregárselo a su padre.

—¿Y por qué no ha venido su padre por el niño?

—Me escribió rogándome se lo llevase diciendo que estaba recién establecido y no podía abandonar su almacén de coloniales.

—¿Usted también es de Vandeville, señorita Brown?

—Soy dueña de una barca con la que pesco camarones. Tengo cinco hermanos, pero todos son más pequeños que yo. Ahora los he dejado solos allá y estoy temiendo que me embarranquen la embarcación. ¿Sabe que conozco palmo a palmo toda la costa del

golfo de México, señor…? Esto me recuerda que no sé todavía cómo se llama usted.

—Chris Fowley.

—¿Va usted también a San Luis?

—No sé por qué me lo había imaginado. ¿A qué se dedica?

—He nacido y vivido muy al norte del golfo de México, donde pesca usted sus camarones.

—De Texas, ¿eh…? Dicen que no es mala aquella tierra, pero yo me ahogaría en un ambiente así, sin ver el mar. ¿Conque es usted uno de esos vaqueros tan pendencieros?

—Yo soy hombre de paz.

En aquel momento una voz dijo por detrás de Chris.

—A usted lo estamos buscando, Fowley.

El tejano se volvió, encontrándose con los rostros de Buchanan, Ready y Jones.

Chris los midió de pies a cabeza con la mirada y luego preguntó:

—¿Qué es lo que quieren?

—Le vamos a tirar por la borda, Fowley —contestó Buchanan—. Tendrá que seguir el viaje nadando.

Chris ni siquiera pestañeó, pero Elizabeth dio un respingo y exclamó asustada:

—¿Quiere que llame al capitán, señor Fowley?

—No se moleste, señorita Brown —repuso Chris con voz tranquila—. Estos caballeros no hablan en serio.

—Por culpa de usted La Dama del Río nos ha despedido de su salón de juego —anunció Ready—. Ahora tenemos que hacer el viaje en calidad de pasajeros, pagarnos el billete de nuestro bolsillo y hasta se nos ha prohibido sentarnos ante un tapete verde.

—Bueno —dijo Chris—, el hacer trampas con los naipes tiene a veces sus fallos. La moraleja que deben sacar de este contratiempo es que se debe ser honrado a cualquier precio.

—Yo tengo otra moraleja para usted, Fowley. No te metas donde no te llaman o irás de cabeza al río. ¿Le gusta?

—Es maravillosa… para ustedes.

—¡Ahí tiene mi respuesta!

Buchanan lanzó su puño derecho contra la cara de Chris, pero éste, que esperaba el ataque, dobló la cintura, y cuando el brazo del tahúr pasaba por encima de su hombro le replicó con un terrible

zurdazo al estómago.

Buchanan se arrugo emitiendo un hondo ronquido, sin llegar a caer al suelo.

Los espectadores de la barandilla volvieron la cabeza y al ver que se trataba de una pelea se apresuraron a despejar aquel lado del puente.

Buchanan se enderezó, resoplando trabajosamente.

Chris lo miró con fijeza, preguntando:

—¿Qué les parece si ahora nos llevamos bien?

Buchanan sonrió, brillándole los ojos de odio, y se dirigió a sus compañeros:

—¿Lo habéis oído, muchachos? Fowley es un tipo duro. Le vendrá bien un baño para ablandarse.

Los tres tahúres avanzaron en semicírculo sobre su presunta víctima.

El tejano retrocedió un paso, luego otro, hasta que sus espaldas chocaron contra la barandilla.

Ready fue el más impulsivo, lanzándose sobre él ciegamente.

Chris saltó a un lado y le propinó un terrible gancho a la mandíbula. El jugador profesional dio una vuelta de campana sobre la barandilla y se desplomó en las aguas del río, reapareciendo poco después en la superficie, soltando un chorro de agua por la boca y braceando vigorosamente para no hundirse, mientras el barco lo dejaba atrás.

Entretanto, Buchanan y Jones, dándose cuenta de que se enfrentaban con un antagonista habilidoso, se preocuparon más por su integridad.

—Hemos de atacar al mismo tiempo —silbó Buchanan por la comisura de los labios—. ¿Lo has oído, Jones?

—Está claro —respondió el aludido—. ¡Vamos! ¿A qué esperamos?

Los dos tahúres, uno por la derecha y otro por la izquierda, se fueron acercando a Chris, el cual se mantenía pegado a la barandilla.

—¡Eche a correr! —gritaba Elizabeth—. ¡Son dos contra usted, Fowley!

Pero Chris se mantenía inmóvil, dejando que sus enemigos se acercasen más y más. De pronto salió al encuentro de Buchanan y,

tras hacer un amago con el puño izquierdo, conectó el derecho en la mejilla de éste. Buchanan trastabilló cómicamente y se abatió sobre la cubierta. Entonces Chris se volvió contra Jones, al que doblegó con una serie de disparos al estómago y al hígado. Jones no esperaba aquella ofensiva y fue retrocediendo incapaz de contrarrestar la lluvia de golpes. Chris remató su fulminante ofensiva con un izquierdazo que llegó al maxilar inferior de su antagonista, el cual, dando la impresión de haberse convertido en un cohete salió despedido por la borda y cayó al agua.

Buchanan todavía no había logrado incorporarse. Estaba sentado, meneando la cabeza de un lado a otro, y cuando se dio cuenta de que se hallaba solo para luchar contra Fowley, sus ojos se dilataron; sobrecogido por un súbito temor y al ponerse en pie movió rápidamente la mano hacia la funda y sacó el revólver. Muchas mujeres lanzaron histéricos gritos al presagiar lo que iba a ocurrir.

Y lo que ocurrió fue verdaderamente inverosímil. Chris, que tenía los brazos pegados a sus caderas, se dobló unas pulgadas a la izquierda e instantáneamente de su mano derecha brotó una llama.

El revólver voló de la mano de Buchanan y cayó muchas yardas más allá, sobre la cubierta.

Nadie quería dar crédito a lo que acababa de ver. No solamente el hombre alto había disparado después que su rival desenfundase, sino que el proyectil que había salido de su «Colt» no había dañado ni un centímetro de la piel de la persona sobre la que había disparado.

—No me irá a matar delante de tanta gente —imploró con voz trémula Buchanan, sintiendo sobre sus ojos la mirada fría que le dirigía Fowley—. Sería un asesinato.

—De acuerdo, Buchanan. No lo voy a matar.

El tahúr sonrió y empezó a dar media vuelta para marcharse, pero la voz de Chris lo detuvo:

—¡Espere! ¡Todavía no he terminado!

Un silencio impresionante se había hecho entre los bulliciosos pasajeros del *Robert E. Lee*.

—¿Que quiere, Fowley? —preguntó Buchanan.

—Usted es el que va a continuar el viaje a nado.

—¡No se atreverá…!

—Déjese de pamplinas y tírese por la borda.

—¡No lo haré!

—Contaré hasta tres, Buchanan. Si para entonces continúa ahí, le prometo disparar al cuerpo. ¡Una…! ¡Dos…!

Antes de que el joven acabase de contar, Buchanan se arrojó de cabeza al río, entre las carcajadas y los aplausos de los pasajeros.

Capítulo VI

Chris se había tendido en su litera, fumando un cigarro. Había anochecido. El cielo debía haberse nublado, por cuanto el ojo de buey era sólo una mancha oscura.

De pronto llamaron con unos golpes suaves a la puerta, que quedaba tras su cabeza.

Se incorporó y desenfundó el revólver al tiempo que daba la vuelta a la llave.

El pomo giró impulsado desde fuera, pero Chris sólo permitió que la puerta se entreabriese. Asomó primero el cañón del revólver e inmediatamente dirigió una mirada al exterior. Apenas se inmutó al ver que su visitante era Laura Moore, quien un poco nerviosa preguntó:

—¿Me permite hablar con usted unos instantes, señor Fowley?

—¿Qué desea de mí, señorita Moore?

—¿Va a llevar a cabo sus planes, señor Fowley?

Chris frunció el ceño, mientras replicaba:

—No sé de qué me habla.

—Usted puede engañar a todos, pero no a mí. He venido a aclarar las cosas.

Chris sonrió levemente, inquiriendo:

—¿Qué es lo que tenemos que aclarar usted y yo?

—Sé perfectamente por qué está usted aquí, señor Fowley.

—¿De veras? Cuéntemelo.

—Usted ha embarcado en el *Robert E. Lee* para impedir su triunfo sobre el *Natchez*. Le pagan por realizar ese trabajo.

—¿De dónde ha sacado eso, señorita Moore?

—Me he limitado a utilizar mi inteligencia.

—Pues en ese caso he de reconocer que posee usted una

imaginación volcánica.

—No se haga el gracioso. Los hechos están tan claros que no necesitan comentario alguno. Pero en su obsequio se los resumiré. ¿Por qué tenía usted tanto interés en embarcarse en el *Robert E. Lee*? ¿Por qué inició su viaje en Nueva Orleans y ha de terminar precisamente en San Luis, donde finaliza también la carrera? ¿Por qué se negó a aceptar la proposición de mi padre?

—Ah, ¿conoce usted eso?

—Fue una sugerencia mía con el fin de conocer su reacción, señor Fowley. Usted no aceptó el interponer un convoy de barcazas entre el *Robert E. Lee* y el *Natchez* porque está de parte del capitán Petrie.

—¿Es eso lo que piensa? ¿No cree que han podido existir otras razones para mi negativa?

—¿Cómo se atreve a decir eso, Fowley? Si yo lo creyese, ¿por qué iba a venir a verle en su camarote?

—Eso es cuestión suya.

Ella abofeteó duramente la cara de Chris, quien la cogió férreamente por la muñeca. Sus cuerpos se rozaron y sus caras quedaron muy cerca una de la otra. Durante un largo minuto permanecieron inmóviles, sintiendo él cómo palpitaba la carne de ella. Laura entreabrió los labios y Chris sólo tuvo que besarlos.

De pronto él se separó, diciendo:

—Será mejor que se marche, señorita Moore.

La joven se apretó la mano que él había tenido entre las suyas y esbozó una sonrisa, mientras sus grandes ojos miraban al hombre de Texas.

—¿Por qué he de marcharme ahora, Chris?

—No debe sacar conclusiones por lo que acaba de ocurrir.

—¿No? ¿Por qué?

—Usted se va a casar cuando llegue a San Luis.

—Pero tú me quieres, Chris. ¿No es eso lo que importa?

—Le he advertido que no deduzca nada.

Los ojos de ella brillaron de una forma extraña.

—¡Está bien…! ¡Es cierto! Vine para verte. Entre porque deseaba que me besases, pero tú también lo querías. Me gustas tú, Chris, por tu tuerza, por tu seguridad, porque eres superior a los demás.

—Creo que ha sufrido un espejismo conmigo.

Laura apretó los labios y luego preguntó con rabia:

—¿Es ésa tu opinión? ¿Crees que me puedes aceptar o rechazar cuando te plazca?

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta y apareció en el hueco Elizabeth Brown, la cual, al parecer, tenía mucha prisa por decir algo, pero al ver a la mujer que se encontraba en el camarote en compañía de Chris, murmuró:

—Oh, perdón —e inmediatamente cerró desde fuera.

Laura preguntó a Fowley:

—¿Quién era esa palurda?

—No es ninguna palurda. Se trata de la señorita Elizabeth Brown.

—Oh, sí. Ahora recuerdo que esa chica se dirigió a ti cuando terminó la pelea. No le presté atención, creyendo que se trataba de una admiradora espontánea. Pero ahora su aparición me hace ver las cosas de otra forma.

—No existe nada entre ella y yo.

—¿No es raro que una mujer entre sin llamar en el camarote de un hombre?

—Tanto como que otra que está a punto de casarse haga lo mismo llamando.

El pecho de la hermosa se estremeció mientras exclamaba:

—¡Eres un insolente, Chris! Se nota que en toda tu vida no has hecho otra cosa que tratar con mujerzuelas.

Luego salió sin esperar una réplica de él y cerró dando un portazo.

Chris se quedó pensativo durante varios minutos y al recordar la aparición de Elizabeth, salió al puente en su busca. Como suponía, la joven se había marchado por lo que descendió a la primera cubierta. No le había preguntado por el número de su camarote y fue de un lado a otro sin encontrarla. Se decidió a preguntar y a la cuarta descripción que hizo de la muchacha, un hombre de mediana edad le indicó se dirigiese al camarote 42. Llegado allí, llamó a la puerta y, tras un rato de espera, quien le abrió fue el pequeño Bobby…

—Buenas noches, señor Fowley —dijo el chiquillo con su media lengua.

—¿Qué tal va eso, muchacho? ¿Quieres decirle a la señorita

Brown que deseo hablar con ella?

—Ella no está.

—¿Adonde ha ido?

—En el otro camarote hay una señora enferma —el niño había señalado la puerta 43—. Liz me dijo que se iba a cuidarla.

—Muy bien. Ahora acuéstate tú.

Bobby asintió con la cabeza y cerró la puerta.

Chris golpeó la señalada con el número 43 y poco después fue la propia Elizabeth la que le abrió.

—Hola —dijo él, en actitud un poco embarazosa.

La muchacha le contestó con voz irritada:

—¿Qué viene a hacer aquí?

—Pensé que me necesitaba.

—Ya no. Puede marcharse.

Chris evitó que ella cerrase metiendo la bota por el resquicio de la puerta y, poniendo decisión en sus movimientos, asió a Elizabeth por el brazo y la sacó fuera, al corredor.

—¡Suélteme, señor Fowley! Me hace daño.

—La soltaré cuando me diga por qué fue a mi camarote.

—De acuerdo. Se lo diré. Al terminar la pelea usted dijo que me vería luego y al no venir pensé que se podría encontrar mal. Eso es todo. Pero confieso que me porté muy poco delicadamente al abrir la puerta sin llamar. Lamento que interrumpiese su idilio.

—No es lo que usted cree, Liz.

—¿Liz?

—Bobby me ha dicho que la llama a usted así y es un nombre que me gusta.

El la miró detenidamente a los ojos y la joven se vio obligada a bajar la mirada.

—También me ha dicho Bobby que está cuidando una enferma.

—Es la señora Hamilton. Ella y su marido se han hecho muy buenos amigos míos.

—¿Qué es lo que tiene?

—Empezó anoche con dolor de cabeza que le ha continuado durante todo el día de hoy. Además, su temperatura es muy alta. Ha oscilado entre los treinta y nueve y cuarenta grados.

La puerta del camarote 43 se abrió, apareciendo en el hueco un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, de cabello blanco y

ojos grises, el cual se dirigió a Liz, diciendo:

—Se ha estropeado el grifo, señorita Brown; ¿puede traer agua de su compartimiento?

La joven asintió, pero antes de adentrarse en su camarote presentó a los dos hombres.

—Es el marido de mi amiga, John Hamilton. Éste es Chris Fowley.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos.

—¿Me permite ver a la enferma? —preguntó Chris.

Hamilton no tuvo inconveniente y Fowley pasó a donde se encontraba su esposa, acostada en la litera. La examinó, observando que tenía una fuerte conjuntivitis y al tomarle el pulso lo encontró anormal.

Elizabeth entró con un vaso de agua del cual bebió la enferma.

Chris y Hamilton salieron de nuevo al corredor.

—¿Que cree que tiene, señor Fowley?

—Es pronto para decirlo. Quizá sea algo sin importancia, pero le voy a pedir a usted un favor. Procure que la señorita Brown se aparte de la cama de su esposa. Yo volveré dentro de un rato.

Chris se alejó de Hamilton por el corredor y se dirigió al tercer puente.

Cuando terminó de subir la última escalera se encontró con el primer oficial, Joe Kane, quien le dijo en tono de reconvención:

—No puede estar aquí, señor Fowley. Este puente está reservado al capitán y a la oficialidad.

—Lo sé. Precisamente vengo a hablar con el señor Campbell. ¿Quiere decirme donde lo puedo encontrar?

Kane vaciló unos instantes mientras escrutaba el rostro de Chris y, finalmente, repuso:

—Está bien. Le acompañaré. Dejé al capitán hace un momento en su camarote.

Poco más tarde Kane llamaba a una puerta y la voz del capitán Campbell le autorizaba a entrar. El primer oficial así lo hizo, anunciando:

—El señor Fowley quiere hablar con usted, capitán.

—Puede pasar.

Kane invitó con la mano a Fowley a que entrase y cuando el joven lo hizo, cerró la puerta desde fuera.

El capitán se encontraba leyendo un libro, el cual apartó a un lado y, sin levantarse de la silla, miró a su visitante diciendo:

—¿Acaso viene a que le felicite por su pelea de esta tarde? —Campbell hizo una pausa y como no recibiese contestación, prosiguió—: Por lo visto, usted es un hombre con abundancia de recursos. Maneja el revólver con la misma eficiencia que dispara sus puños. Es usted estupendo como espectáculo, pero peligroso como viajero. Tengo la impresión, llevándole a usted conmigo, de que mi barco es un cascarón de nuez que puede saltar hecho pedazos de un momento a otro. Bueno, quizá he divagado un poco, ¿cuál es el motivo de su visita?

—Poner en su conocimiento que hay una enferma entre los pasajeros de tercera clase.

—¿Habla en serio, señor Fowley?

—¿Dónde está lo raro del caso?

—Somos cerca de quinientas personas las que viajamos en el *Robert E. Lee*. ¿Cómo quiere que estemos todas sanas en un momento determinado? Es lógico que haya enfermos. Puede usted estar seguro de que habrá otras muchas personas, además de la que usted cita, que tampoco se encontrarán bien.

—Me temo, capitán, que el caso de la señora Hamilton ofrezca características singulares.

—¿Cuáles son esas características?

—Hace un momento he comprobado que tiene cuarenta grados de temperatura, ciento cincuenta pulsaciones, mucha sed, sequedad de piel y conjuntivitis.

—¿Todo eso lo ha comprobado usted o se lo ha dicho un médico?

—Para el caso es lo mismo. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Claro que sí. Llevo más de treinta años en el rió. Es la fiebre amarilla.

Campbell se incorporó y empezó a pasear con las manos metidas en los bolsillos mientras decía:

—Tenía el presentimiento de que iban a surgir complicaciones en este viaje y cuando lo conocí a usted en la oficina de Adams estuve seguro de ello.

—Supongo que no me hará responsable de que uno de sus

pasajeros se encuentre enfermo de la fiebre amarilla.

—¿Quién le ha dicho a usted que sea eso en realidad? —preguntó Campbell, deteniéndose—. Me da usted la impresión de que es una de esas personas que creen saberlo todo.

—Escuche, capitán —repuso, con voz paciente, el joven—. Tiene usted su médico a bordo. ¿Por qué no lo manda a examinar a la señora Hamilton? Es el camarote cuarenta y tres.

—¿Médico? Claro que lo tengo, pero, créalo o no, no lo he visto desde que iniciamos nuestro viaje en Nueva Orleans. La última vez que mis ojos tuvieron esa oportunidad el señor Craig subía al puente con una botella de *whisky* en cada bolsillo de su chaqueta. No ha hecho una sola comida con nosotros desde que se inició la carrera. Puedo apostar mi alma a que a estas horas las dos botellas están llenas de agua, en el fondo del río. ¡Maldito borracho!

Campbell reanudó sus paseos y durante un rato no se intercambió palabra alguna entre los dos hombres.

De pronto, el capitán se enfrentó con Chris exclamando:

—¿Por qué no suelta de una vez lo que está pensando? Ande, diga cuál es mi deber.

—Detener el barco en Memphis y desembarcar a la señora Hamilton.

Campbell lanzó una carcajada.

—Es sencillo, ¿verdad?

—Comprendo lo que eso significa para usted y para el señor Moore. El *Robert E. Lee* será pasado por el *Natchez*.

—¡Magnífico! Está usted en todo, señor Fowley. Y ahora sólo falta que me diga qué es lo que haría usted en mi lugar.

—Cumplir con ese deber.

—Lo dice usted porque el capitán soy yo.

—No puede dejar a esa pasajera en el barco. A partir de ahora será un peligro permanente para cuantos viajen en él. ¿O es que prefiere ganar la carrera y llegar a San Luis con el barco convertido en un hospital?

—No exagere, Fowley. El *Robert E. Lee* estará en San Luis pasado mañana. ¿Por qué demonios va a haber más enfermos? Podemos prodigar aquí a la señora Hamilton los mismos cuidados de que pueda ser objeto en Memphis.

Sobrevino una larga pausa que rompió Chris, dirigiéndose hacia

la puerta.

—Adiós, capitán. Desearé que no se equivoque.

—Ordenaré al señor Craig se encargue de la enferma.

Chris ya no dijo nada más y salió fuera.

Había cerrado la noche y se dirigió al comedor.

Caminaba por el puente y se encontraba a unas diez yardas de la puerta que había de traspasar, cuando algo zumbó en el aire y se produjo un chasquido cimbreante.

Con ojos asombrados se dio cuenta de que había un cuchillo clavado en la pared; un cuchillo que había sido destinado a cortar su vida.

Rápidamente se volvió al tiempo que oía ruido de pasos de alguien que corría, pero cuando quiso ir tras su agresor se dio cuenta de que éste había desaparecido.

Volvió junto a la pared y cogió el cuchillo, que sopesó en su mano antes de guardarlo.

Al entrar en el comedor buscó con la mirada a las personas que conocía. Vio en una mesa a los Moore, padre e hija, con el prometido de ésta. En otra mesa se encontraba La Dama del Río en compañía del mismo hombre de piel cetrina con quien la había visto la noche anterior. Descubrió también a Douglas Stevens fumando a solas un cigarrillo, ante una taza de humeante café. Encaminóse hacia éste y, al llegar a su lado, dijo:

—Creí que sólo tenía que contar con usted, Douglas.

—¿Qué le hace suponer lo contrario, Chris?

El joven sacó el cuchillo que le habían arrojado y sostuvo sus extremidades con las yemas de los dedos al tiempo que contestaba:

—Hace un momento me enviaron este regalo.

—No me extraña nada, Chris. Tiene una facultad especial para crearse enemigos.

—También sé desembarazarme de ellos cuando se ponen pesados —advirtió Fowley con voz ominosa.

—Esta vez no le vale. Le han salido bien todas las cosas hasta ahora. Es imposible que a un hombre le siga la racha tanto tiempo. Si fuese tan jugador como yo lo sabría.

—El juego rara vez es cuestión de suerte, Douglas.

—Le demostraré lo contrario. Usted no llegará a San Luis. Se va a quedar en Tennessee.

Fowley se mantuvo unos segundos en silencio, y luego giro sin despedirse y ocupó una mesa que estaba vacía. Antes de que tuviese oportunidad de pedir la comida, un camarero se le acercó, entregándole un papel en el que había escrito:

> «Mi invitación sigue en pie. ¿Puede aceptarla esta noche? Grace Ekberg».

Chris apartó la mirada de la misiva y la dirigió hacia donde se hallaba La Dama del Río, la cual le sonrió mientras inclinaba la cabeza. Su acompañante había desaparecido.

Entonces, Fowley se puso en pie y acercóse adonde ella estaba.

—¿Qué tal va su problema, señor Fowley? —preguntó la joven.

—Ya no existe desde que los tres jugadores abandonaron el barco.

—No me refería a ése.

—¿Qué sabe usted señorita Ekberg?

—Lo suficiente para estar segura de que usted necesita ayuda.

CAPÍTULO VII

Grace hizo una señal a un camarero que pasaba por delante de la mesa y preguntó a Chris:

—¿Qué va a tomar, señor Fowley?

—No me vendría mal un *whisky*.

—Trae una botella de mi marca favorita, Kennedy.

El mozo se marchó y entonces Fowley dijo:

—¿A qué clase de ayuda se refiere, señorita Ekberg?

—Usted sabe bien de qué se trata. ¿Quiere creer que siempre me interesó la historia de James Grayson?

Chris enarcó las cejas, replicando:

—No conozco a ese James Grayson ni me interesa nada de su historia.

—De todas formas se la voy a contar. En el río no se ha hablado de otra cosa durante estos últimos años. Ya sabe, a la gente le gusta todo aquello que esté impregnado de un hálito misterioso.

El camarero dejó sobre la mesa una botella de whisky y dos vasos. La joven escanció, brindando después.

—Por nosotros, señor Fowley.

Chris tomó su vaso y bebió sin pronunciar palabra alguna.

Grace paladeó el *whisky*, diciendo:

—Me lo fabrican especialmente para mí. ¿No se ha fijado en el nombre del *whisky*? Se llama «La Dama del Río».

—Me ha dicho que me iba a contar una historia.

—¿Le interesa ya, señor Fowley?

—Me he limitado a recordárselo.

—Sucedió en Memphis hace cinco años. James Grayson era un vigilante del Banco del Misisipi. Grayson había hecho su fama en media docena de pueblos del Missouri defendiendo la ley. Quienes

lo conocían aseguraban que no existía en todo el país nadie que lo igualase en seguridad con el revólver. Como vulgarmente se dice, donde ponía el ojo, ponía la bala. A ello debió el que el director del Banco del Misisipi le ofreciese un magnífico sueldo por sus servicios.

Chris encendió un cigarrillo.

—¿Le aburro, señor Fowley? —preguntó Grace, haciendo un mohín.

—En absoluto. Puede continuar.

—Todo fue bien durante los seis meses en que Grayson trabajó para el Banco. Hasta que llegó el gran día… Creo que fue poco más o menos por el mes de agosto. Recuerdo que yo estaba entonces en Nueva Orleans, regentando la sala de juego de El Presidente Lincoln. Cuatro salteadores entraron en el Banco del Misisipi de Memphis y se llevaron la tontería de doscientos cincuenta mil dólares. ¡Nada menos que un cuarto de millón! Fue el golpe más audaz de que se tuviera noticias en nuestro país.

Ella hizo una pausa y bebió un trago de *whisky*, sin apartar sus ojos de los de Chris. Éste preguntó:

—¿Y Grayson, señorita Ekberg? ¿No ha dicho que él era un hombre eficiente en el manejo de la pistola?

La Dama del Río esbozó una sonrisa, replicando:

—Ahí está lo bueno del cuento. James Grayson no se encontraba en el Banco cuando se realizó el asalto. El día anterior pidió permiso al director para que lo sustituyese otra persona durante cuarenta y ocho horas. Alegó que tenía que trasladarse a un pueblo cercano para solucionar un asunto. Naturalmente, el director accedió a su ruego, colocando en su lugar a un tal Jack Michigan. Éste tampoco era manco y cuando aparecieron los salteadores intentó detenerlos, pero lo único que consiguió fue que lo matasen de un certero disparo en la cabeza. Los bandidos lograron lo que buscaban. Vaciaron la caja del Banco y se largaron. No se encontró el menor rastro de ellos, hasta el punto de que muchos creyeron que se habían volatizado.

—¿Qué pasó después?

—Lo que ya puede suponerse. Más de cien hombres, entre policías y voluntarios, iniciaron la mayor caza de delincuentes que ha registrado la historia de este río. Todas las investigaciones fueron

infructuosas. Pero el fiscal que se ocupaba del caso estaba dispuesto a remover toda la paja hasta dar con la aguja y dedicó su atención a James Grayson. ¿Era casual que Grayson hubiese pedido permiso el día antes de que se cometiera el asalto?

—¿Acaso huyó Grayson de Memphis?

—No. Todo lo contrario. Le había sido concedido el permiso por cuarenta y ocho horas, pero se presentó antes de que expirase el plazo, es decir, cuando se enteró del robo.

—Entonces no veo causa para que aquel fiscal sospechase de él. Yo pienso que si Grayson hubiese estado complicado en el asunto, se habría largado con sus compinches. Tuvo tiempo y oportunidad para ello, ¿no es eso?

—El fiscal sostenía la tesis de que, precisamente, la comparecencia de Grayson no tenía otro objeto que el de hacer desaparecer cualquier sospecha que existiese contra él. Ya me entiende, una coartada. Hay que reconocer que podía ser perfectamente factible, por cuanto el asalto había sido realizado con la mayor perfección. Nadie pudo reconocer a ninguno de los asaltantes. Todo eran vaguedades. Los testigos del pueblo dieron señas características para prender a más de doscientos hombres, siendo así que los ladrones eran solamente cuatro. Además hubo algo que perdió a Grayson y es que al ser interrogado se negó a presentar testigos que corroborasen su declaración de que no estaba en Memphis a la hora del robo. Desde luego se tuvo en cuenta su declaración al director del Banco cuando le pidió permiso para ir a Ripley, pero de las investigaciones que se llevaron a cabo en esa ciudad resultó que ni una sola persona pudo dar cuenta de las andanzas de Grayson.

—Me figuro que pasaría un mal trago.

—En vista de tales circunstancias, el fiscal creyó oportuno en un principio dejarlo en libertad. Como puede imaginar, se trataba de una libertad vigilada. El fiscal creía que Grayson, cuando se viese libre, escaparía, en cuyo caso sólo tendrían que seguirle para dar con sus compadres, pero el sospechoso en cuestión se limitó a permanecer en Memphis haciendo su vida corriente. Naturalmente, el Banco lo había suspendido de empleo y sueldo. Comoquiera que transcurriese un mes desde el día en que se cometió el asalto y la investigación no adelantase, el fiscal, apremiado por las autoridades

locales y del estado, se decidió a solicitar del juez correspondiente un mandato de prisión contra James Grayson.

—Confieso que es verdaderamente emocionante —le comentó Chris, apretando el cigarrillo contra el cenicero.

—Lo fue mucho más cuando Grayson, al ver que iba a ser detenido, sacó el revólver enfrentándose con quienes lo iban a cazar y escapó.

—¿No era lo que quería el fiscal?

—No, ahora no. Grayson se hundió. Al huir, puso en manos del fiscal unos argumentos incontrovertibles para probar que era culpable. No comprendo por que Grayson hizo eso. El debía saber que los indicios no constituían base suficiente para una sentencia condenatoria.

—Quizá pensase que el fiscal u otra persona habían construido las que les faltaban, y que por lo tanto, aun siendo inocente, sería condenado.

—¿Usted cree?

—Era sólo una suposición, pero siga adelante. ¿Cogieron a Grayson?

—No, no lo cogieron. El Banco ofreció una recompensa de cinco mil dólares por su captura. Una infinidad de sabuesos recorrieron en todas direcciones la zona del río buscando al fugitivo, pero no pudo ser hallado. Poco a poco se fue dejando de hablar del asunto y quizá se puede decir que hoy está olvidado.

—Si lo está, ¿por qué me ha hablado de todo ello, señorita Ekberg?

—Me he acordado de pronto de aquel asunto y me he preguntado por dónde andará James Grayson.

Chris hizo un gesto ambiguo con la mano, replicando:

—Quién sabe. Lo más probable es que se encuentre en California, en México, en la América Central, en el Canadá… Es lo que acostumbran hacer todos, ¿no es así?

—Eso pensaba yo también, pero ahora creo que está más cerca de Memphis de lo que muchas personas podrían suponer.

—¿Cerca del lugar, precisamente, en donde ocurrió ese hecho?

—Podría ser que Grayson pensase ir a una ciudad situada al norte de Memphis.

—¿A qué iba a ir allí?

Grace guardó silencio durante un rato y luego dijo, sin pestañear:

—Esa pregunta sólo la puede contestar usted, señor Grayson.

Chris se quedó inmóvil, mirando atentamente a la hermosa mujer.

—¿Cómo ha llegado a la extraña conclusión de que soy James Grayson?

—Han ocurrido dos circunstancias para ello. En primer lugar, uno de mis empleados lo ha identificado por haberlo conocido en Memphis, aunque no le ha sido fácil ya que usted entonces llevaba un espeso bigote y se peinaba de otra forma.

—¿Y la otra circunstancia?

—Hice amistad con Douglas Stevens hace diez años. Tres o cuatro antes de que entrase a prestar sus servicios como miembro de la Agencia de Detectives Templeton, la que se encargó de la investigación sobre el asalto al Banco de Memphis. Me consta que Stevens, a pesar de que en el transcurso de estos años ha trabajado en otros casos, nunca ha perdido la esperanza de esclarecer ese robo, y su presencia en el *Robert E. Lee* me parece indicar que se encuentra a punto de conseguirlo.

Fowley distendió los labios, concediendo:

—El señor Stevens está aquí con el único y exclusivo objeto de prenderme en cuanto lleguemos a Tennessee.

—Faltan entonces pocas horas. ¿Piensa usted entregarse?

—Yo voy a San Luis, señorita Ekberg.

—¿Qué se le ha perdido allí? El señor Moore me hablaba de su terquedad respecto a esa cuestión. ¿Acaso ha encontrado un filón de oro?

—Puede que sea eso.

—Creo adivinar el motivo de su viaje, señor… A propósito, ¿cómo debo llamarle ahora?

—Continúe llamándome Fowley. Es mi verdadero apellido. Grayson era sólo el de mi padre adoptivo.

En aquel instante entró un marinero en la sala golpeando repetidas veces un gong y, cuando se hizo un relativo silencio anunció con voz estentórea:

—¡Atención, señoras y caballeros! ¡El capitán Campbell tiene el gusto de comunicar a todos los pasajeros que el *Robert E. Lee* ha

sacado veinte minutos de ventaja al *Natchez*!

Una formidable ovación atronó la estancia y, en medio del bullicio, dijo Grace a Chris:

—Mantengo mi oferta, Fowley.

—Es mal asunto ayudar a los fugitivos de la justicia, señorita Ekberg.

—Siempre me gustó el lado emotivo de la vida.

—Le agradezco su sugerencia, pero haré lo posible para arreglármelas solo.

—Comprendo y no le censuro por ello.

Chris se puso en pie, diciendo:

—Gracias por su invitación, señorita Ekberg. He pasado un rato muy agradable. Adiós.

El joven abandono el salón y, un minuto más tarde, llamaba a la puerta del camarote 43 de tercera clase. Al ver que le abría Elizabeth, exclamó:

—¿Todavía está aquí, Liz? Le advertí al señor Hamilton que no debía dejarla que se acercase a la cama de su mujer.

—Parece que está acostumbrado a dar órdenes.

—Déjese de tonterías y vuelva con Bobby. Recuerde que ha contraído una grave responsabilidad. Debe devolverlo sano y salvo a su padre.

Ella salió al corredor y cerró la puerta, preguntando con el ceño fruncido:

—¿Acaso teme por Bobby?

El eludió la respuesta, preguntando a su vez:

—¿Ha venido el doctor Craig?

—Sí, está ahí dentro. Por cierto que el señor Hamilton también se ha tenido que acostar. Ha empezado a sentir frío y ha dicho que no se encontraba nada bien.

Fowley se quedó un rato pensativo y al fin dijo, en tono resolutivo:

—Prepare al niño, Liz. Usted y él se van a venir conmigo.

—¿Adónde?

—A mi camarote.

—¿Cómo se atreve? Le creía un caballero.

—No sea mal pensada. Yo no estaré en él con ustedes. Buscaré cualquier sitio donde alojarme.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Por qué hace esto?

La puerta del camarote se abrió, apareciendo un hombre de estatura regular que frisaba en los cuarenta y cinco años de edad. Tenía grandes bolsas bajo los ojos e hinchadas las venillas de las sienes.

—¿Qué nos dice, doctor Craig? —preguntó Chris.

El médico le escrutó el rostro, apuntando:

—Supongo que es usted Chris Fowley, el pasajero que ha hablado con el capitán Campbell.

—Así es.

—Tenía usted razón, señor Fowley. La señora Hamilton ha sido atacada por la fiebre amarilla.

Elizabeth dio un paso atrás, llevándose las manos a las mejillas.

—¡No! —exclamó con voz asustada.

—¿El señor Hamilton también padece la fiebre? —inquirió Fowley.

—Desde luego, su sintomatología no deja lugar a dudas —contestó el médico.

—Ya lo ha oído, Liz —advirtió Chris—. Coja al niño enseguida.

El doctor observó alternativamente a los dos jóvenes.

—¿Qué van a hacer? —preguntó.

—Me voy a llevar a mi camarote a la señorita Brown y a un niño de cinco años a quien acompaña —repuso Fowley.

—No es necesario que haga eso.

—¿Cómo dice? —inquirió Chris, extrañado.

—Señor mío, un enfermo de la fiebre amarilla no contagia a otra persona de su enfermedad.

—Es usted el primer médico a quien oigo hablar de esa forma.

—Y usted es uno de los muchos centenares de profanos que no me creen. La fiebre amarilla es inoculada al ser humano por un mosquito. He empleado los pocos ratos que me deja libre el *whisky* en estudiar esa enfermedad, y he llegado a ciertas conclusiones. Naturalmente, nadie me ha escuchado, pero llegará algún día en que se me de la razón.

—Usted cree, entonces, que no es necesario el que los dos enfermos sean dejados en tierra.

—Le explicaré lo que ha ocurrido y las medidas que se deberían adoptar inmediatamente. —Craig se humedeció los labios con la

lengua y luego prosiguió—: Ayer, de madrugada, pasamos frente a Woodville. Por aquella parte, a una milla del río, existe una laguna cuya superficie está plagada de mosquitos. La he visto más de una vez. Allí existen miles de millones de transmisores de la fiebre amarilla. Sé que me juzgará loco, señor Fowley, pero el ochenta por ciento de los casos de esta enfermedad que se dan en el valle del Misisipi son causados por los insectos de la laguna de Woodville. El caso es que, a nuestro paso por ese lugar, como siempre ocurre por esta época, cayó sobre la nave un enjambre de esos mosquitos. Los Hamilton han sido las primeras víctimas, pero tenga la seguridad de que habrá mucha más si el barco continúa el viaje y no es desinfectado. Por ello lo que procede es, no desembarcar a los enfermos, sino detener el *Robert E. Lee* en Memphis y proceder a una limpieza de la proa a la popa hasta tener la plena seguridad de que no queda ni un solo mosquito.

—¿Qué espera para comunicárselo al capitán?

Craig soltó una risita sarcástica y contestó:

—¿Cree usted que voy a adelantar algo? ¿Piensa que van a escuchar mis razones? Puede que el capitán acabe por acceder, pero ¿quién convencería al señor Moore? Él está empeñado en ganar esta carrera frente al *Natchez*, y por él se pueden morir diez, cien o doscientos de sus pasajeros si llega vencedor a San Luis.

Chris se mantuvo en actitud pensativa unos instantes y luego preguntó:

—¿Cuánto tiempo se invertiría en esa desinfección?

El doctor no contestó hasta que transcurrió un minuto.

—Si se me concediesen plenos poderes, sería capaz de hacerlo en una hora. Emplearía los treinta primeros minutos en hacer el compuesto líquido que se necesita, preparar los útiles y adiestrar a los noventa o cien hombres que utilizaría en la operación. Con otra media hora habría bastante para dejar al barco en condiciones de proseguir la carrera.

—¿Sabe que, en estos momentos el *Robert E. Lee* le lleva veinte minutos de ventaja al *Natchez*? Contando con que mañana en Memphis se mantuviese esa distancia, la detención de nuestro barco otorgaría al *Natchez* una ventaja de más de media hora.

Craig dio un manotazo en el aire, diciendo:

—Todo esto no son más que divagaciones. El señor Moore no

consentirá que el *Robert E. Lee* se detenga. Celebro haberle conocido, señor Fowley.

—¿Qué va a hacer, doctor?

—Tiene ganas de saberlo, ¿eh?, pues se lo voy a decir. Voy a mezclar mi sangre con *whisky*. Puede que los mosquitos me lo agradezcan. Hasta la vista.

El medico desapareció por la puerta que conducía al puente.

CAPÍTULO VIII

El capitán Campbell penetró en el lujoso camarote donde viajaban los Moore.

Alrededor de una mesa se hallaban Barry, Nigel Hayes, un caballero de aspecto muy atildado que respondía al nombre de Nunnally Emeric, propietario de unos grandes almacenes de Nueva Orleans, Pandro Scott, otro amigo del propietario del buque, almacenista de granos en Baton Rouge y La Dama del Río. Los cinco habían permanecido toda la noche jugando al póquer mientras en uno de los dormitorios dormía Laura.

—¿Qué hay, capitán? —saludó Barry a Campbell con voz jovial —. ¿Se avista ya Memphis?

—Sólo faltan unos diez minutos.

—¿Se quiere creer que ahora lo siento? Estoy en mi racha de suerte. Media hora más de juego y los dejo a todos limpios —y Moore lanzó una carcajada.

—¿Tiene noticias sobre la carrera, capitán? —preguntó Nigel.

—Durante la noche hemos sacado otros siete minutos de ventaja al *Natchez*.

—¡Diablos! —exclamó Pandro Scott—. Eso supone ya media hora. Casi estoy por felicitarle. No se le puede escapar el triunfo de las manos.

—Es lo que también pienso yo —intervino Emeric.

—¿Qué dice usted a eso, Campbell? —preguntó Barry fijando la mirada en el capitán, que se mantenía erguido en el centro de la estancia.

—Todavía quedan cerca de cuarenta y ocho horas para poder hablar. Deben tener en cuenta que la más pequeña avería puede entorpecer nuestra marcha.

—¿Y si fuesen ellos los que se averiasen? —rió fuerte Nigel—. Eso sería estupendo.

Campbell carraspeó dubitativamente, manifestando:

—Yo creo que el hecho de que nuestro contrincante se encuentre a casi media hora de nosotros se debe a que el capitán Petrie no ha querido que diese todo de sí.

—Usted quiere decir que Petrie se está reservando —comentó La Dama del Río.

—Es muy posible.

A la entrada del capitán, el juego se había interrumpido y Barry miraba a unos y otros nerviosamente, temiendo que se deshiciese la partida en aquel instante favorable para él.

—Bueno —declaró—. ¿No seguimos jugando? Creo que te tocaba dar a ti, Nunnally.

El aludido chasqueó la lengua, replicando:

—Creo que será mejor que lo dejemos. No me quiero perder el paso por Memphis.

—Yo opino igual —ratificó Pandro—. Podremos reanudar el juego más tarde.

—¡Condenada estrella la mía! —se lamentó Moore—. Ya sabía que tenía que ocurrir algo.

En aquel momento llamaron a la puerta y el propio Barry dio permiso para entrar.

Era el primer oficial, Kane, quien anunció, dirigiéndose al capitán:

—Memphis a la vista, señor Campbell.

—¡Santo cielo! —exclamó Grace, poniéndose en pie—. ¡Y yo sin arreglar!

Todos abandonaron sus sillas y, en aquel momento, llegó una voz grave desde la puerta:

—Es preferible que se queden todos sentados.

Todas las miradas convergieron en la figura de Chris Fowley, quien penetró en el camarote y cerró de un portazo.

—¡Qué infiernos está diciendo! —Reaccionó, bruscamente, Moore—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí?

—No se excite, señor Moore. Las circunstancias son las que me obligan a dar este paso.

—¿Qué quiere?

—Que el *Robert E. Lee* va a atracar en Memphis.

Se hizo un profundo silencio en la habitación. El rostro de Barry fue adquiriendo un matiz violáceo y, de pronto, estalló:

—¿Se ha vuelto loco, Fowley? ¿Es que no se ha enterado todavía de que estamos empeñados en una carrera sin escalas?

—A pesar de ello, su barco se detendrá en Memphis.

—Por fin se ha decidido a dejarnos, ¿eh? Pudo haberlo pensado antes. Pero de todas formas, no creo que tenga que detenerse el barco por ello. ¡Tírese por la borda!

—Yo no bajaré en Memphis, señor Moore.

—¿Qué infiernos, entonces, es lo que se trae entre manos?

Las cortinas del fondo del camarote se abrieron y apareció Laura Moore, cubriéndose con un salto de cama de color azul.

—Creo que está todo claro, papá —opinó mirando fijamente a Chris—. Es lo que yo te dije. El señor Fowley ha sido pagado por los del *Natchez*.

Hasta entonces no se había exhibido arma alguna. Chris los tenía magnetizados con su voz y probablemente con el recuerdo, respecto a algunos de ellos, de que se encontraban ante un hombre rápido con el revólver y contundente con los puños. Pero Nigel Hayes, en virtud de que era el prometido de la hija de Moore, propietario del barco, quiso hacer gala de su maestría y tiró mano del «Colt» que rozaba su cadera derecha. Fue demasiado lento para Fowley; éste, con velocidad relampagueante, hizo una ligera inclinación con el cuerpo, exactamente hacia la izquierda, y su mano derecha pareció escupir una onza de plomo tras un fuerte estampido.

Nigel lanzó un grito, pero sólo se debió al susto ya que el proyectil no le había rozado, sino que se incrustó precisamente en el cilindro de su arma, obligándolo a soltarla con la impresión de que se ponía al rojo vivo.

Todos los presentes adquirieron la rigidez de un grupo escultórico.

Y fue Chris quien marcó de nuevo la pauta al advertir:

—No quiero hacer daño a nadie, pero la próxima vez lo haré si alguno de ustedes se quiere pasar de listo.

—No sé si usted ignora que, en mi calidad de capitán de esta embarcación, yo soy el único que da órdenes en ella.

—Y las va a seguir dando, capitán. Ordene a su primer oficial

que detenga el barco en Memphis.

—¿Se da cuenta de la trascendencia de sus actos?

—Estoy dispuesto a responder de ellos en donde sea, en el momento oportuno. Pero, por respeto a usted, le voy a explicar a qué obedece mi actitud. Anoche tenía usted dos enfermos de fiebre amarilla en el *Robert E. Lee*. Durante esta madrugada se han producido cuatro casos más.

—Eso es muy frecuente por esta época en la navegación del río.

—Frecuente o no, el buque va a detenerse para efectuar una desinfección.

—¡Podría recurrir a otra sucia treta…! —exclamó Moore, fuera de sí—. Ésa no es razón para que usted detenga mi barco.

—Lo es, señor Moore. El doctor Craig ha tomado las medidas oportunas para que la demora sea la menor posible. El cree que con sesenta minutos tendrá suficiente.

—¡Sesenta minutos! —gritó Barry—. ¡No puede ser!

—Lo siento, pero es una decisión irrevocable.

—Perderemos la ventaja que le llevamos al *Natchez* y la sacarán a nosotros. Faltan solamente dos días para llegar a San Luis. Nos sería imposible recuperar el tiempo perdido.

—En el peor de los casos, usted perderá una carrera, pero se salvarán muchas vidas.

Hubo una nueva pausa mientras los dos hombres continuaban enfrentándose. La voz de Moore sonó ahora cargada de odio:

—Le voy a hacer una advertencia, Fowley. Si me hace a mí una cosa como la que pretende, le juro que me las pagará, aunque sea lo último que tenga que hacer en mi vida.

Chris, con el revólver en la mano para evitar nuevas sorpresas, ladeó la cabeza hacia el primer oficial y dijo:

—Usted se encargará de la maniobra, Kane. Ejecútela sin pestañear. El capitán Campbell se quedará aquí en calidad de rehén. Póngase usted en contacto inmediatamente con el doctor Craig. Ya he hablado con él y ha reclutado el grupo que necesitaba entre los pasajeros de tercera clase. De la ayuda que ustedes le presten depende que la desinfección se realice en los sesenta minutos de que he hablado.

El primer oficial miró al capitán como si esperase una orden y éste dispuso:

—Obedezca, Kane.

El aludido saludó y apresuróse a abandonar el camarote.

—Sugiero que nos sentemos todos —dijo Chris.

—Usted puede hacer lo que quiera, pero no puede ordenarnos cómo debemos estar —objetó Moore.

Todos se sentaron excepto las dos mujeres y Barry. El propio Fowley lo hizo a horcajadas en una silla que atrajo hacia sí. De pronto, preguntó Grace:

—¿Debo considerarme yo también como rehén, señor Fowley?

—¿Qué es lo que quiere? —replicó el joven.

Ella se tocó el cabello con un gesto resignado.

—¿Es que no lo ve? He pasado la noche sin dormir y necesito arreglarme un poco la cara y cambiarme de vestido.

—Puede marcharse.

—Gracias —se sonrió ella y también salió de la estancia.

El barco estaba atracando ya al muelle de madera.

—Ya puede sentirse usted satisfecho, Fowley —dijo Moore en tono lúgubre—. Lo ha conseguido. El *Robert E. Lee* no podrá ganar.

El barco dejó de moverse e inmediatamente oyóse la voz de Joe Kane, ordenando se tendiese la escalerilla. Segundos después se podía percibir desde el camarote las idas y venidas de un tropel de gente.

El capitán Campbell miró con las cejas enarcadas a Fowley, preguntándole:

—¿Hablaba en serio, entonces, cuando se refería a la desinfección del barco?

—Así es.

Pandro Scott también estaba admirado e intervino para decir:

—Eso jamás se ha hecho en un barco del Misisipi estando en ruta.

—Alguna vez había de ser la primera —respondió Chris—. Si he de decirles la verdad, yo tampoco imaginaba esto anoche. Pensé sólo que el *Robert E. Lee* debía acercarse a la orilla para desembarcar a dos pasajeros enfermos de fiebre amarilla, pero fue el doctor Craig quien quitó las telarañas de mis ojos respecto a esta enfermedad. El doctor dice que la fiebre amarilla no se contagia de una persona a otra, sino que una especie de mosquito va inoculando su mortífero veneno entre hombres, mujeres y niños, de modo que

la prevención aconsejable consiste en eliminar esos mosquitos.

Barry Moore exclamó indignado:

—¿Y es usted capaz de creer las patrañas de ese doctor borracho? Seguro que estaba como una cuba cuando habló con usted.

—No diría que estuviese muy sereno, pero esta madrugada le concedí un voto de confianza cuando se dieron otros casos de fiebre en el buque, y dio la casualidad de que las personas que la contrajeron no habían tenido oportunidad de establecer contacto con las primeras que habían caído enfermas. Por lo tanto, elimine la posibilidad de contagio.

Nigel Hayes sonrió sarcásticamente:

—¿Y todo esto lo hace usted simplemente para evitar que el barco se convierta en un cementerio flotante? ¡Y un cuerno! Es lo que ha dicho mi prometida. Usted está vendido al *Natchez*.

—Ha ido demasiado lejos —corroboró Moore.

Chris se acodó en el respaldo de la silla, replicando en tono irónico:

—Para ser usted un hombre importante dice bastantes estupideces. ¿Por qué demonios había de buscar una excusa para detener el barco si fuese cierto que me interesa, por cualquier razón, el triunfo del *Natchez*? ¿Es que no sería suficiente el que yo estuviera sentado aquí, esgrimiendo este revólver?

La argumentación de Chris dejó en suspenso a sus oyentes y, entre éstos, era Laura la que parecía más resentida.

—Si es así —dijo—, ¿por qué no ha esperado a llegar a San Luis para hacer su desinfección, señor Fowley? ¿O es que cree que desde Memphis a San Luis no hay mosquitos en el río?

—Ya le he dicho que la fiebre amarilla es transmitida por un mosquito de una clase especial. El doctor Craig dice que se crían a millones en la laguna de Woodville. Cayó sobre nosotros una nube de ellos mientras pasábamos por ese lugar. Matándolos ahora, no habrá ningún peligro durante el resto del viaje.

Desde el primer puente llegaban los ruidos producidos por el equipo del doctor Craig, que, al parecer, se había puesto a trabajar.

Minutos más tarde llamaron a la puerta y Chris se levantó, autorizando la entrada.

Era el propio doctor Craig, a quien acompañaban dos hombres

llevando dos cubos llenos de un líquido que despedía un fuerte olor mentolado y unas escobas cuyas dimensiones habían sido alargadas atando palos a las cañas. El doctor penetró en la estancia, esbozando una sonrisa mientras contemplaba a los prisioneros de Fowley.

—Terminaremos enseguida —declaró—. Ruego a todos ustedes que se pongan en un rincón. Este líquido no produce ningún mal, ni siquiera deja mancha en las telas, pero su olor es muy molesto y dura varias horas.

Moore lo observó con ojos relampagueantes de odio y repuso:

—Estoy seguro de que esto se lo debemos a una de sus borracheras, doctor, pero le prometo que cuando lleguemos a San Luis no volverá a beber más *whisky* en este barco.

Craig no perdió la jovialidad, sino que continuó con la sonrisa en los labios al contestar:

—De acuerdo, señor Moore. ¿Cree que me hacía ilusiones de permanecer en el *Robert E. Lee* después de haber armado todo este jaleo? Sé lo que me jugaba, pero no he vacilado en hacerlo. Y voy a decirle algo más. Me he despreciado a mí mismo durante estos últimos tres años por no haberle mandado a usted al infierno. Pero ahora doy por bien empleado el sacrificio de soportarlo a usted por poder realizar lo que tanto tiempo he estado esperando. ¿Sabe por qué el *Robert E. Lee* va a ser famoso? No crea que pasará a la historia por haber vencido o sido derrotado en esta carrera contra el *Natchez*. Su nombre quedará grabado en la historia de la civilización porque será el primer barco del Misisipi sometido a una desinfección en plena ruta. Porque en él se habrá hecho la primera prueba de prevención en masa contra la fiebre amarilla. Porque en él se habrá combatido al mosquito transmisor con medios racionales.

Entretanto, los dos hombres que acompañaban al médico habían iniciado su trabajo y rociaban las paredes, los muebles y el piso con el líquido contenido en los cubos.

Barry Moore sonrió por primera vez desde hacía un buen rato.

—Usted mismo me concede un arma con la que yo no había contado hasta ahora, doctor Craig. —Sus ojos miraron de hito en hito al doctor y a Fowley—. Su experimento terminará en el más absoluto fracaso. Todos los aquí presentes han oído sus palabras.

Usted ha detenido el barco para efectuar una desinfección sin precedente, con un preparado de su invención, del que no se tendrá noticia en ninguna parte. Si de Memphis a San Luis se da algún otro caso de fiebre amarilla, quedará probado que su famoso ensayo no ha sido otra cosa que un engañabobos. Contrataré a los mejores abogados del valle del Misisipi para que interpongan una demanda contra ustedes. No se crean que me voy a contentar con ejercer una acción civil, no. Tendrán que enfrentarse ustedes dos con una acusación criminal en toda la regla…

Craig se rascó la nariz con el dedo índice, desdeñando:

—Será usted muy dueño de hacer lo que quiera.

Los dos hombres que desinfectaban aquella habitación terminaron su trabajo y pasaron a los dormitorios.

Al cabo de un par de minutos los dos hombres que cumplían su labor sanitaria reaparecieron. Uno de ellos, respirando satisfacción por todos los poros, anunció dirigiéndose a Craig:

—Listo, doctor.

—Vamos a otro sitio —ordenó el galeno.

—Espere un momento —repuso el otro, como si de pronto se le hubiera ocurrido una idea—. Apuesto a que aquí hay ciertas personas a quienes no les vendría mal un baño de este preparado. A ver si tienen suerte y se les desinfecta el cerebro.

Craig lanzó una carcajada que fue coreada por Chris y los dos hombres.

—No es mala la sugerencia —opinó el doctor—. Pero necesitamos mi mezcla para seguir rociando el barco.

Se marcharon el doctor y sus dos ayudantes y Chris volvió el revólver a la funda para liar un cigarrillo.

En aquel instante se levantó un fuerte griterío entre el público que estaba en el muelle.

—¿Qué es eso? —preguntó Pandro Scott.

Barry Moore se abalanzó sobre la portilla.

—¡Es el *Natchez*! —exclamó—. ¡Ahí viene!

Todos cuantos se hallaban en la habitación excepto Chris, corrieron a ocupar un lugar cerca de los huecos circulares, desde donde poder contemplar al barco que competía con el *Robert E. Lee*.

El griterío iba aumentando, ya que ahora los propios pasajeros del *Robert E. Lee* se habían sumado a las exclamaciones.

—¡Mirad al capitán Petrie! —exclamó Moore—. ¡Nos está haciendo señas desde el tercer puente!

—Se ríe de nosotros —deploró, compungido, el capitán Campbell.

—Más se reirán cuando sepa la causa de nuestra derrota —dijo Laura, volviendo la cabeza y clavando sus acerados ojos en los de Fowley.

La tripulación y los pasajeros del *Natchez* lanzaron por tres veces consecutivas un hurra en el momento en que pasaban al *Robert E. Lee*.

Poco después, los cautivos de Fowley se apartaron de los ojos de buey, reflejando en sus rostros el pesar de la derrota.

—Tú perderás el prestigio, Barry —comentó Pandro Scott—. Pero yo tendré diez mil dólares menos cuando llegue a San Luis. Fue la apuesta que hice con Welman. Va en el *Natchez*. Menuda juerga se debe estar corriendo ahora que nos ha dejado atrás.

—Y a mí me limpiarán doce mil —exclamó Nunnally Emeric en tono sombrío—. Que unidos a los cinco mil que he perdido en dos partidas de póquer, da un balance desastroso como resultado de este viaje.

Moore se mordió el labio inferior en un gesto de impotente furia.

De repente, una voz llegó detrás de Chris:

—No se mueva, Fowley. Le advertí ya una vez que si lo detenía sería cogiéndolo de espaldas. Ésta es la oportunidad, pero no intente nada o de lo contrario me obligará a partirle la columna vertebral.

Quien hablaba así era Douglas Stevens, el enviado de la Agencia de Investigaciones del comandante Templeton.

CAPÍTULO IX

Todos habían quedado electrizados ante la aparición de aquel hombre.

—Usted mismo, capitán Campbell —dijo Stevens—. Quítele el revólver a Fowley.

El capitán miró al joven con cierta prevención y, después de tragar saliva, dirigióse a él con paso lento y le quitó el «Colt» de la funda. Fue entonces cuando Barry Moore exclamó, jubiloso:

—¡Ahora se han cambiado las tornas! ¿Qué espera, señor Campbell? ¡Vuelva al puente y ordene inmediatamente que el *Robert E. Lee* reanude la carrera!

—No sea tan impulsivo, señor Moore —advirtió Stevens.

El propietario del barco miró con expresión jovial al que creía su salvador.

—Ignoro su nombre, pero me acaba de prestar un gran servicio. Esté seguro de que le recompensaré como merece. ¿Quién le avisó? ¡Oh, sí, debe haber sido Grace Ekberg!

—Se equivoca, Moore —replicó Douglas. Hizo una señal con el revólver al capitán, que había iniciado su marcha hacia la puerta—. No se mueva, señor Campbell.

Moore frunció el ceño e inquirió, empezando a borrar la sonrisa de sus labios:

—¿Qué significa esto?

—Me llamo Douglas Stevens y soy detective de la Agencia de Templeton. Mi misión en este barco consistía en detener a Chris Fowley cuando llegásemos a Tennessee.

—¿Detenerlo? ¿Por qué?

—Está acusado de complicidad en el asalto que se realizó hace cinco años en el Banco del Misisipi en Memphis. Fowley se llamaba

entonces James Grayson.

—¡El vigilante del Banco que huyó! —exclamó Moore con sorpresa.

—Y que ahora, por un azar del destino, él mismo me ha brindado oportunidad de cogerlo.

Barry miró a Fowley con una expresión de rencor y satisfacción.

—¿Y usted presumía de ser humanitario? ¡Usted ha pretendido librar de la muerte a unos cuantos pasajeros y no es más que un vulgar bandido!

—Levántese, Fowley —ordenó Douglas.

El joven obedeció y el agente se dirigió a él, sacando unas esposas del bolsillo interior de la chaqueta. En pocos segundos Chris quedó esposado y Stevens pudo guardar el arma, mientras decía con un suspiro:

—Al fin terminó la caza, Grayson.

—Se ha equivocado de pieza, Douglas.

—¿Usted cree?

—Esté seguro de ello. Mi viaje a San Luis no tenía otro objeto que demostrarlo.

—Explique primero al fiscal por qué pidió permiso el día antes de que se cometiera el asalto. Explique por qué dijo que se iba a Ripley no siendo cierto. Explique primero por qué, cuando iba a ser detenido, echó mano del revólver y escapó. Explique por qué ha estado cinco años por esos mundos y ahora aparece queriendo ir a San Luis para demostrar su inocencia. No, Grayson. Son demasiadas cosas a las que usted no podrá hacer frente. Ahora tendrá que cantar y es lo mejor que puede hacer. Confiese y puede que se ahorre muchos años de prisión.

—No diré una palabra a ese respecto, Stevens.

—Lo siento, señor agente, pero nos está haciendo perder un tiempo precioso —intervino, nerviosamente Moore—. Le sugiero que se lleve inmediatamente a Fowley. Nosotros necesitamos reemprender el camino. El *Natchez* todavía no nos ha sacado quince minutos de ventaja.

—No me lo puedo llevar hasta que lleguen al barco los refuerzos que he pedido de tierra —declaró Douglas.

—¿Refuerzos? —preguntó Moore, intranquilo—. ¿Qué refuerzos necesita para llevarse a un hombre esposado?

—El asalto al Banco de Memphis fue efectuado por cuatro enmascarados. Es posible que Fowley viaje con alguno de sus cómplices. No puedo exponerme a salir con él a cubierta, ya que podría recibir la ayuda que necesita para poder escapar una vez más.

—¡Pero nosotros tenemos que marcharnos! —protestó Barry—. ¡Me juego una fortuna en esta carrera!

—Lo siento, señor Moore. Pero en la actual situación no puedo hacer otra cosa. He de esperar.

El propietario del barco entrelazó los dedos de las manos y miró al techo en un gesto de desolación.

Laura, que hasta entonces había sido testigo mudo de la escena, se acercó lentamente a Chris y dijo:

—Me alegro que haya intervenido el señor Stevens. Empezaba a creer que era usted una especie de caballero andante que iba por ahí deshaciendo injusticias y amparando a pobres doncellas desvalidas.

Fowley sonrió, contestando:

—Te advertí que sufrías un espejismo conmigo.

Las mejillas de la joven se tiñeron de rojo y Nigel Hayes, que se hallaba muy próximo a ellos, saltó:

—¡No le consiento que tutee a mi prometida, Fowley…!

—No se preocupe —repuso Chris—. Ha sido sólo por una vez. Se trataba simplemente de una revancha.

Stevens había retrocedido hasta la puerta, la cual había abierto unos centímetros mirando de vez en cuando al exterior.

Pandro Scott carraspeó fuertemente, dirigiéndose a Fowley:

—Oiga, señor Grayson. Ahora recuerdo que de aquel Banco se llevaron doscientos cincuenta mil dólares. ¿Oué ha hecho con tanto dinero?

—El señor Stevens no se lo creerá, pero hasta ahora no ha sido tocado ni un solo centavo del botín.

Douglas rió fuerte, comentando:

—Lo acaban de oír todos ustedes. ¿Se da cuenta, Grayson? Eso que acaba de decir equivale a una confesión.

—Lo puede interpretar usted como quiera, pero yo no he dicho que participase en el robo. Ni siquiera que tuviese noticias de ello antes de que se cometiese.

En aquel momento terminó de abrirse la puerta y aparecieron dos hombres.

Stevens dio un respiro y levantó su revólver mientras preguntaba:

—¿Quiénes son ustedes?

—Soy el sargento Mac Coy de la policía local —declaró uno de los recién llegados, de unos treinta y cinco años de edad, moreno, de ojos color verdoso—. Éste es el agente Kindalle. Un pasajero se presentó en la comisaria del muelle con un mensaje de Douglas Stevens, agente de la Templeton.

—Soy yo.

—¿De qué se trata, señor Stevens?

—Acabo de detener a James Grayson, el vigilante del Banco del Misisipi que escapó hace cinco años, después de haber sido acusado de complicidad en aquel asalto.

El llamado Mac Coy lanzó un silbido de admiración contemplando al hombre que señalaba su interlocutor.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó—. ¿Ése es Grayson?

—¡Por amor del cielo! —intervino, con un gemido, Moore—. ¿Por qué no se lo llevan de una vez?

—Andando, Fowley —convino Stevens—. Aquí acaba el viaje para ti.

El joven se puso en marcha y salió del camarote, seguido por los tres hombres que habían de desembarcar con él.

Cuando descendieron al primer puente se encontraron con el doctor Craig, quien al ver al joven esposado hizo un gesto de estupor.

—¿Qué pasa, Fowley? No consentiré que lo detengan por lo que estamos haciendo. —Luego se dirigió a los hombres que lo miraban a él un poco asombrados y dijo—: Yo soy realmente el hombre que buscan. El señor Fowley se ha limitado a seguir mis instrucciones.

—¿De veras?

—No sea bobo, agente —previno Chris—. El doctor no se refiere al asalto del Banco del Misisipí, sino a la desinfección del *Robert E. Lee*.

—Oh, comprendo. En ese caso, por mí, puede continuar su camino, doctor. Y échese a un lado; hemos de bajar a tierra inmediatamente.

—No comprendo una palabra de lo que acaba de decir, Fowley —murmuró el médico.

—Es muy largo de contar —replicó Chris—. No se preocupe, doctor. Ahora sólo falta que le desee suerte para que de aquí a San Luis no tenga a bordo ningún otro enfermo de fiebre amarilla.

—¡Vamos, Fowley! —apremió Stevens, cogiendo al joven por el brazo.

Siguieron adelante y Chris vio a Grace Ekberg junto a la escala que conducía a tierra.

—Adiós, señorita Ekberg —despidióse él—. Ha sido un verdadero placer conocerla.

—¿Acaso se va a quedar en Memphis? Usted dijo que iba a San Luis.

—Ha surgido un pequeño contratiempo que ha echado por tierra mis planes.

En aquel momento se oyó gritar al primer oficial Joe Kane:

—¡Atención! ¡Quiten la plancha de tierra! ¡El barco va a desatracar!

—Ya está bien, muchachos —rezongó Stevens—. Daos un beso y asunto concluido.

Grace miró al agente con sus grandes ojos y dijo con voz suave:

—Es usted quien se va a marchar, señor Stevens.

—Exacto, con él.

—No, creo que no, policía. El señor Fowley se queda.

Stevens lanzó una carcajada.

—Ha sido un buen chiste —declaró—. Digno de La Dama del Río. Pero, con su permiso, nos vamos definitivamente.

Grace levantó la mano poniendo la palma boca arriba y exigió:

—Deme la llave de las esposas, Stevens.

Douglas fue a reír de nuevo, pero la sonrisa le murió a flor de labios cuando sintió que en cada uno de sus riñones hacía presión el cañón de un revólver. Entonces volvió la cabeza, observando que los hombres que se habían presentado a él bajo la identidad de Mac Coy y Kindalle eran los mismos que lo amenazaban.

—¿Que es esto? —barbotó—. ¿Es que no se dan cuenta de que han venido aquí para ponerse a mis órdenes?

Mac Coy hizo una mueca y repuso:

—Sólo admitimos órdenes de nuestro patrón, La Dama del Rió.

—¡Conque ha sido eso! —exclamó nervioso el agente de Templeton—. ¡Me ha tendido una trampa, señorita Ekberg!

—Exacto, Stevens —contestó Grace—. Encargué a dos de mis hombres que lo vigilasen a usted y por ello les ha sido fácil interceptar a su mensajero. Él nos ha contado lo que usted pretendía y yo he sustituido a los hombres que esperaba. ¿Me da ahora la llave?

Stevens enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—No sabe lo que hace, señorita Ekberg. Se está colocando al otro lado de la ley.

—Hay algo que siempre me ha interesado, señor Stevens. Saber en dónde se halla situada la divisoria de uno y otro campo. Apuesto a que usted también lo ignora.

Stevens sacó la llave de las esposas del bolsillo de su chaqueta y la tendió a la joven, la cual libertó inmediatamente a Chris.

El joven se frotó las muñecas mientras recordaba a Stevens:

—Le advertí en Nueva Orleans que me dejase tranquilo hasta San Luis. ¿Por qué no acepta ahora mi sugerencia?

Stevens guardó de nuevo las esposas y repuso, encogiéndose de hombros:

—No tengo dónde elegir.

—Sí tiene —le dijo Grace—. O acepta la oferta que le hace el señor Fowley, o abandona ahora mismo el barco. ¿Qué contesta?

Douglas miró a uno y otra y suspiró resignadamente, contestando:

—De acuerdo, me quedaré.

Los marineros quitaron la escalerilla y se oyó el estridente pitido de un silbato. Inmediatamente, el *Robert E. Lee* comenzó a desatracar entre el rugido imponente de la multitud que se encontraba en el muelle.

Stevens se disculpó ante La Dama del Río y Fowley indicando:

—Creo que me he ganado un descanso. Me voy a dormir un rato.

Se marchó y Grace dirigióse a los dos hombres que habían representado el papel de policías:

—Habéis hecho un buen trabajo, muchachos. Pasar luego por mi camarote por la recompensa.

—Usted se la merece —dijo Mac Coy y se fue con su compañero.

Cuando los dos jóvenes quedaron solos, Chris preguntó:

—¿Por qué ha hecho esto, Grace?

Ella le sonrió.

—Quizá sea porque tengo la corazonada de que es usted realmente inocente de aquella acusación y porque tengo curiosidad por conocer el final de la historia. ¿No me lo puede adelantar?

—Ha de creerme si le digo que yo también lo ignoro en estos momentos, pero estoy seguro de que en San Luis lograré descorrer el velo del misterio.

Los ojos de Chris se encontraron con los de Elizabeth Brown, la cual se hallaba a unos pasos, entre un grupo de pasajeros que habían presenciado toda la escena, por lo que Chris coligió que a ella no le habría pasado inadvertido ningún detalle de lo sucedido.

Grace siguió la dirección de su mirada y descubrió a la joven.

—Es bonita —murmuró.

—¿Cómo dice? —inquirió de pronto Chris.

—Digo que su enamorada es hermosa.

—No sé a qué se refiere.

—A la señorita Brown. Le quiere a usted. Basta ver la mirada que le ha dirigido. Sus ojos son dos ascuas de ardientes celos. Vaya con ella. Sospecho que está pasando un mal rato viéndome a su lado.

—No se marche.

—He de hacerlo. Ahora recuerdo que con la prisa de oponerme a los designios de Stevens, me he empolvado muy poco. Luego nos veremos, Chris.

Grace se alejó y él la siguió con la mirada hasta que desapareció. Cuando volvió los ojos hacia el lugar donde se encontraba antes Liz, vio que ella había echado a andar muy deprisa hacia la proa. Fue tras ella y la abordó cuando se disponía a acodarse sobre la barandilla, en un lugar solitario.

—Hola, Liz.

La muchacha volvió bruscamente la cabeza y, al verlo, repuso con voz airada:

—¿Qué quiere? ¿Acaso le llega el turno a las pasajeras de tercera clase?

El la miró sin decir nada durante un rato y de pronto, viéndola furiosa, se echó a reír.

—Al fin y al cabo, es usted una chiquilla, Liz.

—Lo cual le ha venido muy bien a sus planes.

—¿Mis planes? ¿Qué planes?

Elizabeth dijo:

—Usted lo sabe perfectamente. Además…

—Además, ¿qué? —la alentó a proseguir él.

—¿Quiere explicarme por qué lo llevaban esposado antes?

—Soy un fugitivo de la ley. Fue algo que ocurrió hace cinco años. Me acusaron de complicidad en el asalto a un Banco del que yo era vigilante. Pero no hubo tal cosa. Como no estaba en condiciones de probar mi inocencia, tuve que escapar, empeorando indirectamente mi situación. Ahora un agente pretendía detenerme en Memphis, ya que fue en esta ciudad donde ocurrió el robo.

—¿Y piensa seguir huyendo toda la vida?

—No. En San Luis todo acabará para bien o para mal.

—No se siente muy optimista respecto al resultado de su viaje.

—El éxito o el fracaso no depende de mí.

Hubo un largo silencio entre los dos jóvenes, pero él se dio cuenta de que Liz quería hacerle una pregunta e indicó:

—No se calle nada, Liz. ¿De qué se trata?

—¿Qué tiene que ver con La Dama del Rió?

—¿Cree que puede haber algo entre ella y yo?

—Ha sido quien le ha libertado, ¿no? Ha debido tener muy poderosas razones para ello.

—Me ha dicho que creía en mi inocencia.

—Ahora el ingenuo es usted.

Chris empezó a sentir que se encontraba en una situación un poco embarazosa. Grace le había dicho que Liz estaba enamorada de él y ahora Liz estaba a punto de asegurar que a La Dama del Río le ocurría otro tanto.

—Hasta luego, señorita Brown —dijo bruscamente. Y girando sobre sus talones, se alejó de aquel lugar, dejando a la joven asombrada.

CAPÍTULO X

Barry Moore corrió al encuentro del capitán Campbell qué acababa de entrar en su camarote.

—¿Qué me dice del *Natchez*…? —preguntó, ansiosamente, el propietario del *Robert E. Lee*.

—Nos lleva veintidós minutos de ventaja.

—¡Veintidós minutos! —exclamó Moore con voz compungida. Y se puso a pasear, nerviosamente, por la habitación.

—Hemos recuperado ocho minutos desde que salimos de Memphis.

—¿Dónde nos encontramos ahora?

—Estamos llegando a Mound City.

—¡Queda una quinta parte del recorrido solamente! ¡No podremos pasar al *Natchez*!

—He ordenado a los que atienden las calderas que hay que poner toda la carne en el asador.

—¡No es suficiente! ¡Hay que hacerlas reventar si es preciso! El *Robert E. Lee* tiene que volar. Usted mismo lo dijo cuando le confié el mando de mi barco. Dijo que cualquier día, cuando fuese necesario, el *Robert E. Lee* parecería un pájaro sobre el Misisipi. ¡Bien, ese día ha llegado!

—Todo tiene un límite, señor Moore. Las calderas están a punto de alcanzar el límite de resistencia. Pueden estallar.

—¿Y qué? ¡Que estallen si quieren! ¡Lo único que importa ahora es ganar al *Natchez*!

El capitán frunció el ceño mientras decía:

—No comprendo el alcance de sus palabras, señor Moore. Me doy cuenta de que la carrera es algo que vale la pena ganar, pero ¿le interesa hasta el punto de poner en peligro su barco? Tiene

invertidos en él varios centenares de miles de dólares.

Barry se quedó mirando al capitán en silencio y luego apretó con la mano las sienes, mientras decía en un murmullo:

—Lo entenderá enseguida, Campbell. Si el *Robert E. Lee* no entra vencedor en San Luis, estaré arruinado.

—¿Como dice? Eso es imposible. Usted posee una de las grandes fortunas de Nueva Orleans.

Barry se quitó la mano de la cara y distendió los labios en una amarga sonrisa, mientras replicaba:

—Ése es el mito, capitán. No he sabido defender la herencia de mis padres. Era ciertamente famosa la fortuna que me dejaron, pero por una razón o por otra ha ido menguando con los años. Malas inversiones, especulaciones que resultaron fracasadas, dispendios en mantener un lujo para seguir aparentando ante los de más… En fin, el caso es que, cuando me encontraba al borde de la quiebra y buscando una tabla de salvación, se me ocurrió el reto al *Natchez*.

—¿Por qué pensó que la victoria del *Robert E. Lee* levantaría su fortuna?

—Existe una razón muy simple para explicarlo. Soy el principal accionista de los astilleros Jackson, de Nueva Orleans. Una importante firma de Nueva York que tiene una filial en San Luis examinó los planos del *Robert E. Lee* hace un mes. También visitaron el barco mientras usted estaba de vacaciones en Baton Rouge. El resultado de ello no pudo ser más satisfactorio. Me hicieron la propuesta semioficial de que los astilleros Jackson construyesen una pequeña flota de ciento cincuenta mil toneladas.

—¡Ciento cincuenta mil toneladas!

—Sí, Campbell. Ya se puede figurar lo que eso significaba para mí. El coste de esos barcos se elevaba a varios millones de dólares. Pero surgió un contratiempo. En el mismo seno de la sociedad un fuerte grupo financiero rival, del que se había entendido conmigo, era partidario de que la fabricación de la flotilla se hiciese en Charleston, precisamente en los astilleros donde, había sido construido el *Natchez*. Propusieron la votación y fue informado de lo que ocurría. Entonces, como única salida, se me ocurrió el reto al *Natchez*.

—Ahora lo comprendo —murmuró Campbell.

—Así pues, todas mis posibilidades, todas mis esperanzas, están

depositadas en este cascarón. —Moore señaló con el índice el suelo.

—Fue una verdadera lástima que nos tuviéramos que detener en Memphis, aun cuando confieso que en esta última noche no se ha producido ningún otro caso de fiebre amarilla.

—¡Al infierno el doctor Craig y su experimento! ¡Quisiera verlo colgado del palo más alto del barco!

Barry apretó con fuerza los labios y, tras una pausa, añadió:

—Bien, Campbell. Hay que adoptar una decisión heroica. O todo o nada. No tengo miedo de que estallen las calderas. Usted asegúrese de que en caso de un siniestro no haya ninguna muerte. Dando ello por descontado, no me importaría que el barco se hunda antes de alcanzar San Luis.

—De acuerdo, señor Moore. Haré todo lo que esté en mi mano.

—No dudo de que lo hará, capitán.

Campbell salió del camarote. Moore se acercó a un sillón, dejóse caer pesadamente en él y se quedó unos segundos en actitud reflexiva, mientras se sostenía la cabeza con las manos. Oyó unos pasos a su espalda y se volvió contemplando a su hija.

—Oh, eres tú, Laura. ¿Qué tal has descansado?

Ella le dio un beso en la frente.

—¿Por qué no me lo contaste todo, papá?

—¿A qué te refieres, chiquilla?

—Me disponía a salir de mi cuarto cuando involuntariamente he empezado a escuchar el relato que le has hecho al capitán Campbell.

Barry dobló la cabeza, apesadumbrado, y la joven se le sentó en las rodillas.

—Vamos, alegra esa cara. No tienes que sentirlo, papá. Al fin y al cabo, hemos disfrutado bastante ya de la vida. También tenemos que conocer el lado malo de las cosas.

El la besó con cariño.

—Eres una hija estupenda, Laura.

En aquel momento llamaron a la puerta y la muchacha dio permiso para que entrasen.

Era Nigel Hayes, quien con voz alegre saludó:

—Buenos días, querida. Buenos días, señor Moore. ¿No han salido a cubierta? Hace una mañana espléndida.

Laura se puso en pie y, con aire solemne, dijo a su prometido:

—He de hablar contigo de algo muy importante, Nigel.

Barry miró a su hija con gesto preocupado y exclamó:

—Te prohíbo que menciones nada de lo que has oído, hija mía.

Ella negó con la cabeza, murmurando:

—No, papá. Es preferible aclarar las cosas desde este momento.

Nigel sonrió.

—Caramba, me estás intrigando —manifestó—. Este viaje resulta mucho más emocionante de lo que yo me imaginaba.

Laura inspiró profundamente y, poniéndose las manos a la espalda, declaró:

—Nigel, mi padre está arruinado.

La sonrisa desapareció poco a poco de los labios de Hayes.

—¿Cómo dices? —balbució.

—Que no poseemos la fortuna que todo el mundo ha pensado.

—Pero, Laura, ¿qué clase de broma es ésta?

—Es cierto. No se trata de ninguna broma y quiero advertirte que yo no he sabido la verdad hasta hace pocos instantes. Comprendo que en las actuales circunstancias, tienes derecho a saberlo también. Naturalmente, te devuelvo tu palabra de casamiento.

Hubo un largo silencio que Nigel pretendió romper varias veces, sin que consiguiese articular palabra alguna. Finalmente, murmuró:

—Estoy confuso, Laura. Es algo que no esperaba, pero desde luego me opongo a tu decisión. Quiero decir que soy un caballero y, por tanto, mantengo mi oferta.

—No se trata de comprar ningún caballo, Nigel —arguyó Laura con aire ofendido—. Y además no necesitas disimular. No diré que no me quieras, pero me figuré desde el primer momento que el principal atractivo que encontrabas en mí eran mis presuntos millones.

—Bueno… Tú sabes que no soy un hombre rico… No sé qué decirte.

—Está todo dicho, Nigel. No necesitas excusarte. Si lo planteaste como un negocio para ti, supongo tendrás la caballerosidad de terminarlo como tal. Estoy segura de que en cualquier parte podrás encontrar la rica heredera que necesitas.

—¡Laura…! ¡No sabes cuán doloroso es para mí todo esto!

—Por favor, Nigel. No es necesario que hagas ninguna

pantomima. Adiós y buena suerte.

Nigel se quedó un rato confuso y finalmente dio un taconazo, hizo una ligera inclinación de cabeza y, abandonó el camarote.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Barry preguntó:

—¿Qué has hecho, Laura? Acabas de arruinar tu vida y no puedo consentirlo. Hablaré ahora mismo con Nigel.

—No es necesario que lo hagas, padre, te lo aseguro. Es posible que creyese estar enamorada de él, pero ahora todo ha pasado.

—¿Hablas en serio, Laura?

—De ti a mí, como en los viejos tiempos.

Después de mirarse durante un minuto, una sonrisa aleteó en la boca de Barry.

—No sabes cuánto daría por haberte evitado este disgusto. No sé qué va a ser de nosotros ahora.

—No tienes que preocuparte. Saldremos adelante. ¿No hubo un hombre que empezó vendiendo pieles de castor?

—¡Eso fue hace cerca de doscientos años, hija mía! Era mi bisabuelo. El fundador de nuestra dinastía.

—Bueno, si él salió de la nada, nosotros también podemos hacerlo.

Laura se encaminó hacia su dormitorio y su padre preguntó rápidamente:

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a escribir unas cartas anunciando la ruptura de mi compromiso con Nigel. Ya sabes, a las personas más allegadas.

—No había pensado en ello. ¡Santo cielo! Qué ridículo más espantoso.

—Todo lo contrario. Creo que me voy a divertir como nunca.

Barry se levantó y cogió una botella de *whisky* y un vaso de un pequeño armario. Luego sentóse y empezó a beber.

Hacía una hora que Campbell había salido del camarote cuando regresó.

—Bien, señor Moore —declaró—. Ahora va todo como usted quería. Se puede decir que las calderas están al rojo vivo. He notado que los pasajeros parecen un poco como asustados. Los puentes primero y segundo están trepidando como si se fuesen a desencuadernar.

—¿Cree que alcanzaremos al *Natchez*? —pregunto, esperanzado,

Barry.

—Va a ser bastante difícil. Tenga en cuenta que nos encontramos en la recta final y ellos también harán todo lo posible para mantener la ventaja.

—¿Quiere beber un trago, Campbell? No le vendrá mal.

El capitán aceptó la invitación y el propio Barry volvió a dirigirse al armario, de donde sacó otro vaso. Al cabo de unos minutos, volvió Laura y preguntó al capitán:

—¿Ha hablado usted con el señor Stevens?

—Sí.

—¿Qué le ha dicho respecto a Chris Fowley?

—Precisamente hace un momento me ha anunciado que vendría aquí al objeto de ponerse al habla con su padre.

Efectivamente, poco después aparecía Douglas Stevens quien, tras los saludos de rigor, dijo a Barry con voz grave:

—Señor Moore, creo que está suficientemente claro que ambos perseguimos el mismo objetivo. Yo necesito capturar a Chris Fowley y usted le quiere ver entre rejas porque de una manera decidida ha impedido a usted que el *Robert E. Lee* llegue triunfador a San Luis.

—Exactamente —convino el propietario del vapor—. Pero ¿se le ocurre algún medio de conseguir que Fowley caiga en sus redes? Tenga en cuenta que La Dama del Río le seguirá prestando su apoyo.

—Precisamente existe un medio para lograr lo que queremos. Se puede retener a Fowley en San Luis durante el tiempo que investigue la Comisión de Navegación del Misisipi.

Barry frunció el ceño, inquiriendo:

—Es muy simple. Usted presenta una demanda por el asunto de la desinfección y nuestro hombre tendrá que permanecer nueve o diez días en San Luis. Yo, entretanto, conseguiré la extradición del estado de Tennessee, y una vez con esos documentos en el bolsillo, puede estar seguro de que habrá llegado la última hora de Chris Fowley o James Grayson.

—Desde luego, puede contar conmigo, Stevens. Será un verdadero placer para mí cooperar de una forma u otra a que ese bandido reciba su merecido.

De pronto, y sin que mediase llamada alguna, se abrió bruscamente la puerta del camarote y apareció Joe Kane con el

rostro demudado.

—¡Capitán Campbell! —exclamó, dilatando los ojos.

—¿Qué pasa, Joe? —preguntó Campbell.

—¡Hay escapes en las calderas!

—¿Cómo puede ser?

—Empezaron a trepidar como ocurría con el puente.

—¡Vamos allá! —dijo Campbell.

Unos minutos más tarde los componentes del grupo, en el que sólo faltaba Laura, que se había quedado en el camarote a ruegos de su padre, penetraron en la sala de máquinas. Pero no fueron mucho más allá de la puerta hacia el interior, porque el calor era verdaderamente terrible. El veterano capitán observó, ceñudamente, las calderas y luego salió, enjugando el sudor de su cara con un pañuelo.

—¿Qué opina? —preguntó Barry con ansiedad.

Campbell le miró durante un rato sin contestar.

—Lo siento, señor Moore —declaró—. Esto es el final. Si las calderas continúan sometidas a la misma presión, saltarán.

—¡Pero debe haber una solución! —exclamó Barry con voz dolorida.

—Sólo una. Apagar el fuego e inspeccionar las calderas antes de proseguir la marcha a una velocidad media.

Una voz clara llegó al fondo del corredor:

—Existe otra, caballeros.

Moore, Campbell, Kane y Stevens volvieron la cabeza quedando asombrados al contemplar a Chris Fowley.

El propietario del vapor gritó, indignado:

—¿Qué hace aquí, Fowley? ¿Es que no ha leído el aviso en que se prohíbe el acceso a esta sala de las personas extrañas?

Chris apoyó la mano izquierda en la cadera, manifestando:

—He oído la conversación que sostenían dos marineros respecto a la avería que tienen y pensé que yo podría serles de alguna utilidad.

—¿Usted? —replicó Moore—. No me haga reír. ¿Cree que esto se puede solucionar echando mano al revólver y liándose a puñetazos con alguien? Ya le he soportado bastante, señor Fowley, ¡lárguese y no aparezca más ante mis ojos!

Chris meneó la cabeza de arriba abajo, diciendo:

—De acuerdo. Me iré. Lamento haberme equivocado. Creí que todavía le interesaba ganar esta carrera.

Se dispuso a salir y fue Campbell quien lo llamó:

—¡Espere un momento, señor Fowley! ¿De qué está usted hablando?

Chris observó el rostro de Moore y preguntó:

—¿No lo he dicho bien claro? Me refería a que el *Robert E. Lee* puede llegar a San Luis vencedor.

—¡Condenado embustero! —barbotó Moore—. ¡Usted sabe perfectamente que eso no es posible! ¿Por qué diablos quiere alentarme?

Chris se frotó el maxilar inferior en actitud pensativa y luego opinó:

—Si el *Robert E. Lee* mantuviese la velocidad actual hasta San Luis, es evidente que tendría tiempo de sobra para pasar al *Natchez* y sacarle todavía unos cuatro cinco minutos de ventaja.

—¡Eso lo sabe hasta un niño! —contestó Barry—. Pero lo malo, señor Fowley, es que no se puede mantener esa velocidad.

—¿Me permite echar una ojeada a las calderas?

—Por mí no hay inconveniente —dijo el capitán—. ¿Lo tiene usted, señor Moore?

—En absoluto —respondió—. Siento verdadera curiosidad por conocer qué nuevo milagro pretende hacer este joven.

Chris pasó junto a sus interlocutores y se sentó en la sala de máquinas, en la que permaneció unos tres minutos. Cuando salió, el propietario del vapor le preguntó:

—¿Qué? ¿Ya está todo en orden?

—No, señor Moore, pero puede estarlo.

La respuesta del joven dejó una vez más atónitos a quienes lo escuchaban.

—¿En qué consiste su plan?

—El problema es claro. Al objeto de que las calderas no oscilen, conservando la misma presión, es imprescindible hallar los escapes y taponarlos.

Un gesto de decepción apareció en el rostro del capitán.

—Posee usted un gran caudal de ironía, señor Fowley. Naturalmente, sabemos que existen escapes y que por lo tanto es necesario apagar el fuego para taponarlos.

—No es necesario apagar el fuego. Existe otro medio de hacerlo.

Los cuatro hombres que rodeaban a Chris cortaron hasta el resuello, esperando la explicación.

—Una persona puede meterse en el departamento de las calderas y acercarse a ellas. Para conseguirlo bastaría se envolviese en sacos de yute y se le echase cubo tras cubo de agua hasta quedar empapado; así podría entrar a rastras, buscar los escapes de las calderas y taponarlos con filástica.

Cuando Fowley hubo terminado, sus oyentes continuaron inmóviles durante un buen rato.

—¿Qué le parece a usted, Campbell? —preguntó Moore, dirigiéndose al capitán.

—Podría ser factible, pero existe una dificultad.

—¿Cuál?

—Encontrar al suicida que quiera hacer ese trabajo. Tiene más probabilidades de quedar asado que de salvarse.

—Si no encuentra a nadie —indicó Fowley—, yo me presto a hacerlo.

—¿Usted? —exclamó Moore, en el paroxismo de la estupefacción.

—Yo he sido la causa, indirectamente, de que el *Natchez* los pasase a ustedes en Memphis.

—¿Qué espera ganar con ello, Fowley? —pregunto Stevens, preocupado por aquella actitud del joven.

—Nada, Douglas. Simplemente, quiero dejar las cosas en su sitio —miró a Ray—. Usted, capitán, es quien tiene que decidir. ¿Qué dice?

—De acuerdo. —Campbell miró a Moore y éste movió la cabeza en sentido afirmativo.

Inmediatamente, Joe Kane se encargó de poner seis hombres a disposición de Fowley. El equipo se movió rápidamente, trayendo los utensilios necesarios para realizar aquella operación. Los sacos de yute, los cubos, la filástica…

Cuando Chris quedó bien envuelto, fue rociado con agua hasta quedar empapado. Entonces entró en la sala de máquinas y, arrastrándose junto a la rejilla en que refulgían las ascuas, se agachó y empezó a trabajar en la primera caldera. Al cabo de tres minutos se vio obligado a salir para ser empapado nuevamente.

—¿Como va eso? —le preguntó el capitán con voz alterada—. ¿Cree que lo va a conseguir?

—Tendré que entrar y salir media docena de veces.

Cuando lo hizo por segunda vez, los testigos de la escena se dieron cuenta de que la primera caldera había cesado de trepidar.

—¡Lo ha logrado! —exclamó Joe Kane.

Después de media hora de luchar en aquel infierno, Chris pudo salir de él definitivamente, y al desprenderse de los sacos que lo envolvían, todos pudieron ver la sonrisa de satisfacción que inundaba su rostro.

—Jamás he visto nada parecido —ponderó el capitán, entusiasmado—. Ahora lo demás es cuenta mía. Tengo el deber de llegar antes que el *Natchez* a San Luis.

Salieron a cubierta y el capitán y el primer oficial se dirigieron a ocupar sus puestos en el tercer puente.

—Celebro haberle sido de alguna utilidad, señor Moore —declaró Chris, despidiéndose—. Apuesto a que me hace falta un buen baño.

—Una pregunta, Fowley —dijo Barry—. ¿Qué espera de mí respecto a lo que acaba de hacer?

—Nada, señor Moore. Absolutamente nada.

Luego el joven dio media vuelta y se marchó, dejando a Moore y a Stevens con el ceño fruncido.

CAPÍTULO XI

Faltaban diez millas para llegar a San Luis cuando al doblar un recodo del río, el *Robert E. Lee* avistó al *Natchez*. El público que presenciaba el paso de los barcos en las riberas así como los pasajeros del *Robert E. Lee* aullaba de entusiasmo.

Chris se hallaba acodado a la barandilla del segundo puente, en la proa, contemplando el penacho de humo y chispas que despedía la alta chimenea del *Natchez*. De súbito una voz preguntó a sus espaldas:

—¿Qué va a hacer luego, Fowley?

Él se volvió, contemplando a Laura Moore.

—Tendré que realizar el trabajo para el cual vine a San Luis.

La joven se mojó el labio inferior con la lengua y dijo, en actitud embarazosa:

—Tengo la impresión de que no he sido justa con usted.

—Son prejuicios suyos. Yo guardaré siempre un grato recuerdo de este viaje, en todos los aspectos.

—¿Incluso en el que se refiere a mí?

—Esté segura de ello.

—Han sido los días más aleccionadores de mi vida —murmuró la muchacha—. He aprendido muchas cosas y la mayor parte de ellas me las ha enseñado usted.

—Creo que exagera, Laura. Era ya una buena chica sin necesidad de que yo me cruzase en su camino. Quizá estuviera un poco engreída, pero eso no es nada malo. Se puede corregir fácilmente.

La joven sonrió y le tendió la mano, diciendo:

—Ahora nos separaremos y puede ocurrir que jamás nos volvamos a ver. Siempre me acordaré de usted.

—Buena suerte —deseó él.

De repente ella se le acercó, púsose de puntillas y le dio un beso en la boca. Inmediatamente giró sobre sus talones y echó a correr.

Chris volvió a acodarse, comprobando que, mientras había estado hablando con Laura, el *Robert E. Lee* había acortado la distancia que lo separaba del *Natchez*.

Los espectadores de la orilla hervían de entusiasmo. Por doquier flameaban los pañuelos y las gargantas gritaban hasta enronquecer. La emoción había llegado a su punto culminante.

Chris lió un cigarrillo y, cuando lo encendió, descubrió a La Dama del Río. Acercóse a ella.

—Quisiera despedirme de usted, Grace.

—Y yo hacerle una pregunta, James Grayson. ¿No cree que debería dejar las cosas como están y marcharse al Oeste o a cualquier otro lugar alejado mil millas de Memphis?

—No puedo aceptar su consejo. He invertido cinco años de mi vida en buscar a los salteadores del Banco de Memphis y ahora no puedo retroceder.

—¿Y si no le saliesen las cosas como espera?

—Debo intentarlo.

La hermosa mujer esbozó una sonrisa.

—Me figuraba que no podría disuadirle. Es usted de esa clase de hombres que se trazan una ejecutoria y no se apartan de ella por más obstáculos que encuentren en su camino. En fin… Sólo me queda desearle el más lisonjero de los éxitos…

—Se enterará por los periódicos del resultado de mi gestión.

—Adiós, Fowley. El capitán me ha invitado a subir a su puente para presenciar desde allí la llegada a San Luis.

Se estrecharon la mano y ella se fue.

En aquel instante, el *Robert E. Lee* estaba dando alcance al *Natchez*. Un impresionante rugido estalló cuando los dos vapores llegaron a colocarse paralelamente, manteniendo el codo a codo durante la siguiente milla. Pero, de pronto, como si el *Robert E. Lee* hubiese puesto en juego nuevas energías, empezó a dejar atrás a su competidor.

Un marinero del *Robert E. Lee* exhibió un cartel para que fuese leído desde el *Natchez*:

Los pasajeros del *Robert E. Lee* reían, se abrazaban yendo de un lado a otro, bailaban al compás de la música que interpretaba la banda de a bordo y por todas partes sonaban estampidos de botellas al ser descorchadas.

Majestuoso, raudo, como una flecha, crujiente de júbilo, el *Robert E. Lee* se acercaba a la meta señalada por una guirnalda que unía las dos orillas del Misisipi, a unas yardas de los muelles.

Chris descubrió que Elizabeth Brown se hallaba en la primera cubierta hablando con el doctor Craig, y descendió, uniéndose a ellos.

—¿Qué le parece nuestro triunfo, Fowley? —dijo el médico, que no cabía en sí de gozo.

Los dos jóvenes se saludaron con una ligera inclinación de cabeza. Chris contestó al doctor:

—Creo que hoy es un día grande para la historia del río, pero no porque el *Robert E. Lee* haya ganado, sino por la trascendencia de su descubrimiento respecto a la fiebre amarilla. Permítame que sea uno de los primeros en felicitarle.

—¡Al diablo! Usted merece más plácemes que yo. Sin su ayuda, el experimento jamás hubiese podido llevarse a cabo.

Se hizo un silencio. Ambos jóvenes se rehuían la mirada y el doctor, dándose cuenta de que su presencia hacia más embarazosa aún la situación, rezongó:

—¡Que me maten! Esto hay que celebrarlo. Espérenme que enseguida vuelvo con una botella de *whisky*.

Se alejó con paso rápido, dejando a Liz y a Chris a solas. Ambos no parecieron prestar atención a cuanto ocurría a su alrededor.

El *Robert E. Lee* cruzó la meta victoriosamente, llevándose la guirnalda empenachada en la chimenea.

Los pasajeros se abrazaban y besaban en un turbulento alborozo, pero Liz y Chris continuaban inmóviles, como si la escena que se desarrollaba ante sus ojos les fuera completamente ajena.

—¿Va a entregar ahora a Bobby?

Ella contestó sin mirarle:

—Supongo que su padre habrá acudido al muelle para recibirnos.

—¿Qué planes tiene?

—Regresaré en este mismo barco a Nueva Orleans. Según me ha dicho un marinero, iniciará mañana o pasado el viaje de regreso.

—¿Asistirá esta noche a la fiesta que se va a celebrar en el hotel Colón?

—Supongo que no.

—Todos los pasajeros del *Robert E. Lee*, con sólo exhibir el billete del barco, tendrán acceso gratis.

La joven se volvió bruscamente, diciendo:

—Quisiera que me aclarase una cuestión, señor Fowley, antes de que nos separemos.

—Si está en mi mano, ya sabe que se la resolveré.

—Vino aquí a matar a alguien, ¿verdad?

—Puede que el muerto sea yo.

—¿Por qué no avisa, entonces, a la policía?

—Es un asunto que empecé y he de terminar yo. ¿Quiere hacerme usted un favor, Liz?

—¿De qué se trata?

—Vaya esta noche al hotel Colón.

Y sin que mediasen más palabras, Chris dio media vuelta y se marchó sin esperar la llegada del doctor Craig.

Cogió la maleta que tenía en el camarote y se dispuso a desembarcar. El barco estaba atracando en el muelle entre apoteósicas ovaciones.

Chris tocó tierra y se vio empujado, abrazado. Se pudo abrir paso y, cuando por fin se encontró lejos de la multitud, dirigióse hacia el centro de la ciudad. Preguntó a un policía dónde estaba el hotel del Águila y reanudó el camino.

El hotel del Águila era un edificio de tres pisos que tenía una entrada angosta y un amplio *hall*. Fowley se dirigió al encargado del registro.

—Buenos días, caballero —le saludó el empleado.

—Desearía una habitación en el tercer piso.

—¡Oh, sí! —Miró al casillero donde estaban las llaves, indicando —: Tenemos desocupadas la treinta y tres, la treinta y cinco y la treinta y seis. Le recomiendo la treinta y tres por lo soleada.

Chris dio la conformidad y pagó tres días adelantados, nueve dólares en total.

Un muchacho bajó la escalera y el encargado le dijo:

—¡Eh, Billy! Tienes trabajo. Conduce a este caballero a la habitación treinta y tres.

El aludido cogió la maleta y precedió a Chris en la subida.

Cuando Chris hubo despedido a su acompañante haciéndole efectiva la correspondiente propina, sacó el revólver y se cercioró de que estaba a punto para ser usado. Luego, lo volvió a enfundar y salió de la habitación, trasladándose sigilosamente por el pasillo hasta la habitación treinta y nueve. Golpeó suavemente con los nudillos en la puerta y, tras esperar unos segundos, una voz preguntó desde dentro:

—¿Quién es?

—Un telegrama para usted, señor Parker.

Unos pasos se acercaron, por dentro, a la puerta, fue despasado un pestillo y la hoja se deslizó unos centímetros, pero inmediatamente Chris le pegó un puntapié abriéndola de par en par.

Un hombre de unos treinta y cinco años de edad, de cabello oscuro, ojos de color castaño, labios finos y nariz afilada, dio un respingo, sobresaltado, y quedóse mirando sorprendido a quien de manera tan inopinada se metía en su apartamento.

Chris cerró la puerta con brusquedad y dijo:

—Será mejor que se siente, señor Parker.

Parker entrecerró los ojillos, escrutando el rostro de su visitante.

—¿Qué chinche le ha picado? ¡Se ha equivocado de habitación! ¡Ni siquiera le conozco a usted!

—Yo le refrescaré la memoria. Ande, siéntese.

—¿Es que va a darme órdenes? ¡Estoy en mi casa! ¿En qué clase de país se cree que vive?

—En uno donde todo aquel que infringe la ley, tarde o temprano salda su cuenta pendiente con la justicia.

Parker enarcó las cejas y retrocedió un poco.

—¿De qué manicomio se ha escapado usted?

—De uno en el que se cuentan historias extrañas. Puede que le guste la última que he oído.

—Adelante.

—Había una vez un vigilante que prestaba sus servicios en el Banco del Misisipi de Memphis.

Parker empezó a palidecer y a desorbitar los ojos.

—¡No! —exclamó.

—Sí, Parker. Yo soy James Grayson, el vigilante que tragó el anzuelo y fue causante indirecto de la muerte de un hombre honrado a carta cabal, de Jack Michigan.

Parker se fue reponiendo poco a poco de la sorpresa.

—¿Qué quiere, Grayson?

—He venido a por el botín y a entregárselo al fiscal de Memphis.

—¿El botín? ¡Usted desvaría!

—Lo sé todo, Parker. De modo que ahórrese saliva.

—Es sólo una fanfarronada suya. ¿Por qué no es buen chico y se larga de aquí? Palabra que no le guardaré rencor.

—Le voy a convencer de que estoy hablando en serio, Parker. Bastará que le cuente lo que pasó realmente en Memphis hace cinco años.

—Soy todo oídos. Siempre me han emocionado los cuentos de bandidos.

—Cuando yo llevaba unas cuantas semanas prestando mis servicios al Banco de Memphis como vigilante, una buena mañana penetró en el local Cass Webb. Creí que caía llovido del cielo, siendo así que su presencia se obedecía a un plan premeditado. Cass y yo nos habíamos criado como hermanos desde que tuvimos siete u ocho años de edad. Corrimos muchas aventuras juntos e impusimos la ley, cuando fuimos mayores, en unos cuantos pueblos del Missouri. Pero un día, Cass se cansó de exponer el pellejo por un puñado de dólares que sólo daba para mal comer y se separó de mí, alegando que iría al Este para hacerse un hombre de negocios. Cuando nos volvimos a encontrar en el Banco, Cass me dijo que se había dejado caer por Memphis para arreglar un asunto con el que pensaba ganar varios miles de dólares. Yo le creí. Comimos juntos y luego, tras beber unos vasos de *whisky*, me invitó a que fuese al hotel donde se hospedaba para presentarme a sus dos socios. Éstos eran Peter Holliday y Frank Kauman. Jugamos una partida de naipes en cuyo transcurso se enteraron por diversos aspectos de la ciudad, especialmente por las cosas relacionadas con el Banco del Misisipi.

Chris hizo una pausa, observando que Parker había quedado pendiente de sus palabras y prosiguió:

—Las reuniones entre Cass, sus socios y yo fueron cada vez más corrientes y así, de pronto, al cabo de unas tres semanas de nuestro encuentro, Cass dejó entrever los verdaderos motivos que le habían llevado a Memphis. Me propusieron un asalto al Banco. Era sencillo como el agua, dijeron. Yo tendría que avisarles el día en que llegasen al Banco las remesas de San Luis, luego ellos entrarían, me pegarían un culatazo en la cabeza, dejándome sin sentido, y cometerían el robo. Habían planeado la fuga sin omitir el más pequeño detalle. Se dirigirían al Este disfrazados de clérigos. Bajarían en Nueva York y estarían unos cuantos días en esa ciudad. Luego irían a Chicago donde repartirían el botín, reservándome, naturalmente, mi parte. En cuanto a mí, debía permanecer en San Luis unos meses para no despertar sospechas y más tarde me dirigiría como ellos a Chicago.

—Todavía no sé qué es lo que tengo que ver yo en todo esto, señor Grayson —dijo Parker.

—Ahora le toca el turno a usted. Yo les di cuerda. Quería saber todo lo que escondían en sus emponzoñados cerebros. Después de enterarme del plan general, les dije que había encontrado un fallo. Consistía en que era mal asunto ir de un lado a otro con doscientos cincuenta mil dólares. Recuerdo que Cass me dio una palmadita amistosa, diciéndome que yo era un buen sabueso. Me explicó que no se les había olvidado tampoco ese detalle. Había un cuarto hombre, un tal Norman Parker, quien una vez efectuado el robo, recogería la bolsa a unas dos millas de Memphis y se la llevaría en un carromato hacia el Norte. Norman Parker era un vendedor ambulante de un específico para evitar la caída del cabello.

El oyente de Chris sonrió, señalando un diploma que colgaba de la pared y en el que destacaban con letras grandes las palabras: «Regenerativo Parker».

—¿Qué más pasó, señor Grayson? —preguntó después.

—Estuve a punto de pegar a Cass, pero una vez que me hube enterado de cuáles eran sus planes, me limité a negar mi colaboración, echándole en cara que hubiera caído tan bajo. Me marché bruscamente y durante los siguientes días, Cass no apareció por el Banco. Creí que ante mi oposición habrían decidido marcharse de la ciudad.

»A la semana siguiente a nuestra última entrevista, recibí una

carta de Cass. Estaba matasellada en Ripley. Me decía que había celebrado un duelo con un hombre y había sido herido en el pecho. Me rogaba que le perdonase por lo ocurrido y que rezase por su alma, ya que el doctor que le había asistido tenía pocas esperanzas de que se salvara.

»Caí en la trampa. Pedí permiso al director del Banco para ausentarme cuarenta y ocho horas de Memphis y pusieron en mi lugar a Jack Michigan. Yo me fui a Ripley y anduve de un lado a otro en esta ciudad preguntando por el paradero de mi amigo. Nadie supo darme razón. Cuando empecé a sospechar que algo marchaba mal, llegó la noticia del asalto al Banco del Misisipi con la muerte de Michigan. Volví a Memphis inmediatamente, sabiendo que me encontraría en la más grave coyuntura de mi vida, pero mi sorpresa no terminó allí. En mi casa me esperaba otra carta de Cass, en la que me decía que recogiera mi parte del botín en el sitio fijado. Iba sin firma. Aquello era una advertencia para que no diese un paso detrás de ellos o, lo que es lo mismo, una amenaza de que si ellos caían, declararían contra mí, señalándome como cómplice. Era evidente, también, que habrían cambiado su plan de fuga. Ya no serían clérigos, ni el botín se lo llevaría el vendedor ambulante ni, por tanto, se reunirían en Chicago para hacer el reparto. Analicé la situación en que me encontraba. Si yo comunicaba lo que sabía, cabía la posibilidad de que fuesen prendidos, pero, entonces, no habría salvación para mí tampoco. Decidí que sólo tenía una solución. Intentar detenerlos yo mismo. Imaginaba que el fiscal terminaría por dedicarme su atención. El hecho de que yo estuviese ausente el día del asalto era demasiado significativo. Me someterían a un interrogatorio, pero cuando yo dijese que estaba en Ripley y se comprobase mi testimonio, quedaría en libertad, en cuyo caso pediría la rescisión de mi contrato con el Banco y me dedicaría a buscar a Cass y a sus compinches. No contaba yo con que las autoridades de Memphis necesitaban un culpable y por ello, para apretarme más el dogal al cuello, dijeron que nadie en Ripley había atestiguado mi presencia cuando se perpetraba el asalto en Memphis. El juez dictó un mandato de prisión contra mí y pensó que aquella acusación igual podía quedar desvanecida en una semana que mantenerse viva durante meses. No podía correr tal riesgo, escapé. Así pues, me vi convertido en un fugitivo de la

justicia.

—¿Quiere que nos sentemos, señor Grayson? —propuso Parker —. Al parecer, su historia es bastante larga.

—Ahora quiero que continúe de pie.

—De acuerdo. ¿Hacia donde se dirigía usted cuando huyó de Memphis?

—Pensé que, teniendo en cuenta que yo conocía el primer plan de ustedes, se encaminarían hacia el Oeste. Crucé el estado de Arkansas, me interné por el de Texas y gané la frontera de California por México.

—No fue mal viaje.

—Un poco largo. Invertí dos años en ir de un lado a otro escrutando rostros, interrogando a personas de toda condición, pero todos mis esfuerzos resultaron infructuosos. Llegué a pensar que me había equivocado y que habrían llevado a cabo su plan punto por punto, tal como a mí me expusieron. Al fin, me decidí a regresar al Este. Pensé que usted, por su condición de vendedor ambulante, debía de ser bastante conocido en los lugares que había recorrido. Decidí empezar mi nueva investigación por Nueva Orleans cuando ya habían pasado casi cinco años desde el día del asalto.

—¿Qué había hecho durante los tres últimos?

—No quería tomarme mucha prisa en volver al río, al objeto de ir cambiando poco a poco mi aspecto. Era demasiado conocido por algunos sectores del Missouri, Louisiana y las riberas del Misisipi. Trabajé como vaquero, minero y otros oficios. Empero, por fin llegué a Nueva Orleans.

De súbito, dijo una voz detrás de Chris:

—Podías haberte quedado en California, Grayson, y habrías hecho un gran negocio. ¡Levanta las manos o te despeino!

CAPÍTULO XII

—Bien venidos, muchachos —exclamó Parker, sonriendo jovialmente.

Chris se volvió, comprobando que quienes habían entrado eran Peter Holliday y Frank Kauman, aquéllos a quienes Cass Webb les presentó cinco años antes como socios.

Peter era alto y extremadamente delgado, de mirada perezosa y movimientos indolentes.

Frank Kauman era más bajo, cara ancha, nariz achatada y boca un poco grande.

Holliday levantó unas pulgadas el revólver y clavó sus ojos en los de Parker, mientras advertía:

—Eso va también por ti, Norman.

El aludido se quedó repentinamente serio e inquirió poco después:

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, vendedor. Se acabó la fiesta para ti. Estira los brazos cuanto puedas hacia el techo o te la ganas en grande.

—Pero ¿qué es lo que intentáis?

Fue Kauman quien habló con voz ominosa:

—Calla, estúpido, y obedece a Peter. Será la única forma de que puedas continuar vendiendo esa porquería para el cabello. —Luego miró a Fowley y reveló—: Yo fui quien le arrojó el cuchillo. Ahora tendré más puntería.

Chris sonrió, diciendo a Parker:

—Sus compadres se han cansado de esperar y se van a llevar el dinero. Apuesto a que incluso la parte que le corresponde.

—¡No podéis hacer esto! —protestó Parker, dando un paso hacia los dos hombres que estaban armados.

—No te excites, vendedor —recomendó Kauman.

—Ya hemos aguantado bastante, Norman —barbotó Holliday—. Limpiamos doscientos cincuenta de los grandes del Banco de Memphis y en estos cinco años hemos llevado una vida miserable, siempre sin blanca en el bolsillo, yendo de un lado a otro.

—¿Y qué podíamos hacer? —repuso Parker—. Tenían la serie de los billetes y lo comunicaron a toda la policía de la nación. Habría que andar con cuidado para que no nos capturasen.

—Eso estuvo bien, pero tú dijiste que conocías a un hombre que te cambiaría los doscientos cincuenta por ciento veinticinco. Perderíamos la mitad, pero lográbamos así billetes que no estaban reseñados. Lo has ido demorando. Tu amigo siempre tenía algún inconveniente para realizar la operación.

—¡Os juro que es cierto! —exclamó Parker—. ¡Ahora el asunto está seguro! ¡No puede fallar! Mi amigo vendrá el mes próximo trayendo los ciento veinticinco mil…

Holliday meneó la cabeza en sentido negativo.

—Has agotado tu crédito, Parker.

—¿Qué vas a hacer, Peter?

—Matarle, eso es lo que voy a hacer.

—¡No, Peter! ¡No me mates! ¡Yo soy tu amigo!

—Yo no tengo amigos. Te uniste a nosotros por conveniencia. Pero no has sido más que una carga. Cuando este sabueso de Grayson encontró a Cass en Nueva Orleans, supusimos que el negocio se venía abajo. Y todo por tu culpa, Parker. Pudimos habernos largado hace mucho tiempo fuera del país, pero tú te empeñaste y nos convenciste para que nos quedásemos. Apuesto a que has esperado que cayésemos en poder de la justicia para llevarte tú solo el dinero que guardabas. Entonces te hubiera parecido bien cruzar la frontera con México o Canadá.

En aquel momento llamaron a la puerta y se hizo silencio en la habitación. Kauman y Holliday retrocedieron un paso y el primero de ellos abrió, franqueando el paso a Cass —que llevaba la mano derecha vendada y en cabestrillo— y a otro hombre corpulento, de piel morena y ojos negros.

Los recién llegados se detuvieron, sorprendidos, al ver la escena que se ofrecía ante sus ojos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Cass.

—Peter y Frank se quieren marchar con el dinero —dijo Parker.

Cass miró hacia los aludidos, inquiriendo:

—¿Es cierto eso?

Peter sonrió, mostrando unos dientes muy separados.

—Claro que sí —replicó—. Y tú y Taylor vais a levantar los brazos y poneros junto a Parker y el sabueso.

—¿Qué tenéis contra mí? —interrogó Cass.

—Te dejaste engañar en Nueva Orleans por Grayson.

—A ti también te hubiese ocurrido. Al verme en aquel bar me abrazó y me dijo que se había dedicado a asaltar Bancos durante los últimos años en el Oeste.

—Y entonces, él te puso como una cuba y tú le contaste el golpe de Memphis.

—Sí, pero cuando desperté en el apartamento de un hotel y me encontré solo, me di cuenta de lo que había pasado. Salí a la calle en su busca. Iba dispuesto a matarlo y estuve a punto de conseguirlo en las oficinas del *Robert E. Lee*.

—Eso ya lo contaste, y no sirve, Cass. Anda, sé buen chico y ponte al lado de Parker…

—¡Está loco! —masculló el vendedor—. ¡Nos va a matar a todos!

Cass y Taylor empezaron a retroceder paso a paso hacia donde se hallaban Parker y Fowley. De pronto, Cass bajó rápidamente la mano sana y Taylor, como si hubiese estado de acuerdo con él, se dispuso también a desenfundar.

Peter apretó el gatillo y sonó el primer estampido; la bala se incrustó en el estómago de Webb, quien se arrugó, exclamando:

—¡Maldito cerdo!

Todo sucedió después vertiginosamente. Taylor logró desenfundar su «Colt» y hacer un disparo que Kauman recibió en el hombro, al tiempo que disparaba también.

Casi simultáneamente a esos tres estampidos, Chris entró en acción. Dio un salto hacia atrás al tiempo que bajaba sus dos manos y sus pistolas empezaban a ladrar.

Parker echó a correr, intentando ganar la puerta.

Holliday sintió que un proyectil enviado por Fowley le penetraba en el pecho, y soltó una imprecación. Se ladeó para caer y, al ver a Parker que estaba a punto de alcanzar el pomo de la puerta, lo baleó por la espalda dos veces.

El vendedor se estremeció e intentó agarrarse a la pared, pero faltándole el apoyo que buscaba, se desplomó en el suelo, al tiempo que lo hacía también su asesino.

Kauman giró su revólver hacia Fowley, pero ya éste había hecho fuego tres veces y una andanada de plomo partió a aquél casi materialmente.

El salteador se dobló como un muñeco de trapo y abatióse sobre el piso. Chris miró hacia atrás, al tiempo de ver a Taylor hincar las rodillas en tierra y quedar exánime boca abajo.

La habitación estaba llena de humo y del acre olor a pólvora.

—¡Jimmy! —llamó la voz de Cass Webb.

Fowley acudió a su lado y le sostuvo la cabeza.

—Lo siento, muchacho —dijo.

—Tenía que ocurrir un día u otro —sonrió, débilmente, Cass—. Sabía que había elegido un mal camino, pero me era duro dejarlo existiendo esos doscientos cincuenta mil dólares. Los quieres, ¿verdad?

—Si los entrego, será la prueba de que yo no tomé parte en aquello.

—De acuerdo. Están en el dormitorio de Parker. Quita la cama y levanta las tablas de madera del piso… Allí está el botín…, te deseo suerte, Jimmy.

Y después de pronunciar las últimas palabras, Cass expiró.

Chris susurró una oración por el alma del que había sido su amigo y, cuando se incorporaba, oyó que se abría la puerta a sus espaldas. Volvióse para hacer fuego con la pistola y vio asomar la cabeza de Douglas Stevens, quien una vez dentro de la habitación se echó el sombrero hacia atrás y rascóse la barbilla con la culata del revólver que esgrimía.

—¡Que me emplumen, Fowley! ¿Es ésta una casa particular o el cementerio de San Luis?

—Aquí tiene a los cuatro hombres que asaltaron el Banco de Memphis y un cómplice suyo, Norman Parker. Se encargó de recoger el botín y esconderlo.

—¿Tiene también el dinero?

—Sí. Parker los convenció para que no pusiesen en circulación ninguno de los billetes, porque estaban reseñados. Encontrará el dinero debajo de la cama, en el dormitorio de Parker. Sólo tendrá

que quitar los listones de madera. Encárguese de todo, yo me largo.

—Quisiera que firmase mi informe. En realidad, ha sido usted quien ha solucionado este caso. Si he asistido a su final se debe a que lo reconocí a usted aquel día en Gretna.

—De acuerdo. Si quiere mi firma, lléveme el informe esta noche al hotel Colón.

Llegaban gritos de la calle y Chris dijo, mientras se dirigía a la puerta:

—Me voy antes de que llegue la policía. Hasta luego, Stevens.

EPÍLOGO

Elizabeth Brown estaba sentada, presa de gran nerviosismo, en la sala del hotel Colón donde se celebraba el baile que había organizado Barry Moore por la victoria del *Robert E. Lee*.

Los capitanes Campbell y Petrie se estrechaban la mano sonrientes, mientras los periodistas les hacían unas fotos.

Barry y su hija se encontraban a la entrada del salón dando la bienvenida a sus invitados.

De pronto, Liz vio llegar a Chris Fowley acompañado de Grace Ekberg, y saltó de la silla. Chris y La Dama del Río se detuvieron, estrechando la mano de Barry y Laura.

Luego, Fowley levantó la mirada y cuando descubrió a Elizabeth se disculpó ante las personas que tenía a su lado y se dirigió hacia ella.

—Buenas noches, Elizabeth —la saludó, llegando a su lado.

La joven se abanicó bruscamente.

—Buenas noches, señor Fowley.

—Al fin, se decidió a venir.

—La señorita Moore vino a verme personalmente antes de desembarcar, e insistió mucho en que no faltase a la fiesta.

—Oh, ¿eso hizo Laura?

Ella lo miró por el rabillo del ojo, preguntando:

—¿Terminó ya su asunto, señor Fowley?

—Sí, ya está acabado. Y puedo añadirle que felizmente.

—Lo celebro. ¿Qué va a hacer ahora?

—He ahorrado algún dinero durante mis correrías de los últimos años. El suficiente para comprarme el rancho de una persona a la que conocí en Texas, un poco al norte de donde sus hermanos pescan los camarones. —Chris hizo una pausa y continuó—: Bueno,

había pensado que tú podías dejar la barca a tus hermanos y venirte conmigo al rancho… Después de todo, no estarás muy lejos de ellos.

Liz dejó de mover el abanico y se volvió hacia él, mirándole con cara asombrada.

—¿Es cierto, Chris?

—Absolutamente.

—Entonces, ¿me quieres?

—Voy a darte una prueba de ello.

La atrajo hacia sí, enlazándola por la cintura, y la besó apasionadamente en los labios. Una mano se posó en el hombro del joven y él se separó de la muchacha mirando a Barry Moore.

—Está todo preparado, Fowley.

Liz frunció el ceño, preguntando:

—¿Qué es lo que está preparando?

Chris carraspeó, explicando:

—En esta fiesta se tenía que casar alguien y como la boda que se iba a celebrar falló…, pensé que nosotros podíamos ganar tiempo.

—Vamos, muchachos —dijo el naviero—. El sacerdote está esperando.

Y entonces, el hombre de Memphis ofreció el brazo a la hermosa joven, y ella se colgó de él y echaron a andar mirándose sonrientes.

FIN